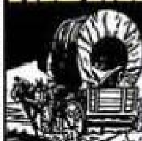
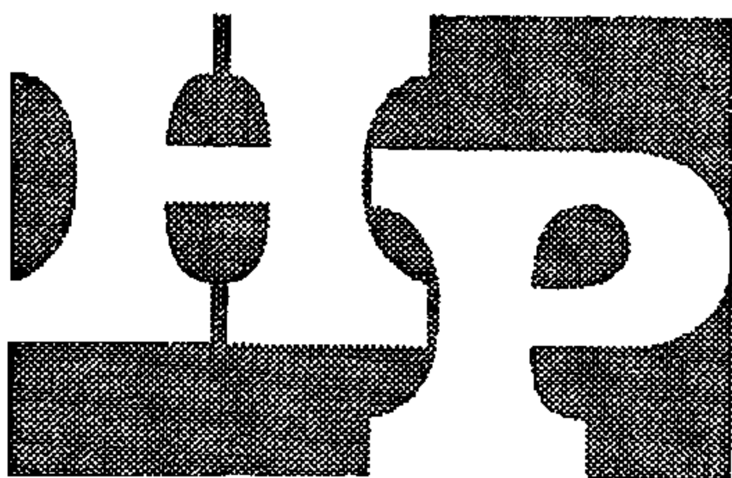
BOLSILIBROS BRUGUERA

Héroes de la PRADERA



Silver Kane

AMADA MUERTE





Héroes de la PRADERA



Silver Kane

AMADA MUERTE

Colección
HÉROES DE LA PRADERA Nº 149
Publicación semanal
Aparece los JUEVES

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
BARCELONA-BOGOTA-BUENOS AIRES-CARACAS-MEXICO

Déposito Legal B 38675-1972

Impreso en España - Printd in Spain

1.º edicción: noviembre, 1972

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1970

CAPÍTULO PRIMERO

LA LEY DE LA SOGA

Mac Derby se dispuso a tirar de la cuerda. Eso era lo que más le gustaba. Se respiraba fuerte, se extendían bien los dos brazos hacia arriba y ¡zas!, un hombre menos en el mundo. Mac Derby pasaba por ser algo así como el verdugo oficial de Clemens, en Utah. No porque el Consejo Municipal de la ciudad le hubiese nombrado oficialmente, sino porque ya se había establecido como costumbre que cuando hubiera que ahorcar a alguien, fuese Mac Derby el que tirara de la cuerda. Dados sus cien kilos de músculo y el modo como sabía emplearlos, nadie se entretenía en disputarle ese dudoso honor.

El hombre al cual Mac Derby se disponía a sacrificar, es decir «el peso», según el brutal lenguaje técnico que por allí se empleaba, no parecía demasiado aterrorizado por la situación. Más bien daba la sensación de que pensaba que aquello no era más que una comedia, la última comedia. El mismo se había ajustado el lazo bien, antes de que lo atasen, y ahora contemplaba a los testigos con la más beatífica de las sonrisas.

Aquel hombre no era joven. Debía tener ya unos cincuenta años de edad, aunque se conservaba en la plenitud de sus facultades. Vestía como un vaquero, si bien sus ropas estaban algo deterioradas, por efectos sin duda del «suave» interrogatorio a que había sido sometido poco antes. En sus pómulos había aún algunas manchas sangrientas. Pero todo esto no le había quitado su buen humor.

—Hijos míos —clamó, mirando a los testigos de la ejecución—,

¿vais a decretar que hoy sea fiesta en la hospitalaria, magnánima y floreciente ciudad de Clemens? ¿O vais a consentir que yo muera sin que nadie celebre dignamente tan fausto suceso?

—Ya es hora de que se acabe tu buen humor, Karter. En el otro mundo no va a servirte de nada.

El que había hablado no tendría más de treinta años. Vestía bien, pero sus facciones eran anchas, brutales. Parecían mongólicas. Un ancho bigote negro caía sobre el labio superior.

—Tal vez no, Skelt, pero al menos me sirve en éste. Hay cosas en la vida que, si uno perdiese el buen humor, no se podrían aguantar.

—Peores que las cosas que has encontrado en la vida serán las que encuentres en la muerte —dijo cínicamente Skelt—. ¡Y tira de una vez, Mac Derby!

El de la cuerda iba a obedecer, pero el *sheriff* le detuvo con un gesto. Había unas treinta personas congregadas alrededor del «árbol de las reuniones» de la ciudad de Clemens, que era al mismo tiempo el que servía para la ejecución de las penas capitales, y el *sheriff* estaba en lugar destacado con sus dos ayudantes. Aunque de mala gana, Mac Derby detuvo el movimiento que ya iba a iniciar.

—¿Qué ocurre ahora, *sheriff*? —preguntó Karter, sonriendo—. ¿No es aún bastante divertido el espectáculo? ¿No es elegante y esbelta mi figura?

—¡Cállate de una vez, Karter maldito!

—Mmmm… ¿Por qué gastar saliva en ordenarme eso? Haga usted una seña al angelito de mi derecha, para que tire de la cuerda, y me callo al instante. Palabra de caballero.

—Esa seña la haré a su oportuno tiempo. Pero antes necesito que me digas una cosa.

—Pida por esa boca, honesto representante de la Ley.

—*¿Eres tú* Estrella Negra?

—¡Qué preguntón se ha vuelto usted, *sheriff*!

—No ha habido manera de arrancarte nada durante el interrogatorio, Karter. Pero ahora vas a morir. Todo lo que te lleves al otro mundo pesará sobre tu conciencia. Por eso más valdrá que digas la verdad de una maldita vez. ¿Eres o no eres *Estrella Negra*?

—Si vais a colgarme de todos modos, ¿qué necesidad hay de saber si lo soy?

—Te colgamos por haber matado a uno de los compañeros de

Skelt, aquí presente. Pero como cuestión aparte nos interesa saber si tú eres *Estrella Negra*, el que ha sembrado el terror en la región.

—*Estrella Negra* no ha sembrado el terror, sino que ha tratado de imponer la justicia. Pero, vamos, eso no importa ya. ¿Llevaréis florecitas a mi tumba, hijos míos, si os digo la verdad? Sobre todo margaritas. Siento una inmensa debilidad por las margaritas. ¿Me lo prometéis, caritas de ángel?

Hubo un ominoso silencio a su alrededor. Todos le miraban de una forma hosca, temerosa, como si aun con la soga al cuello aquel hombre siguiera ejerciendo algún poder. Como si al conjuro de aquel nombre, *Estrella Negra*, todos se sintieran extrañamente indefensos.

—¿Por qué mataste al compañero de Skelt? —inquirió el *sheriff*, entornando los ojos.

—Lo maté en duelo abierto, cara a cara. Eso, aquí, es legal.

—Lo era. Los duelos han sido prohibidos en el condado. Estaba firmando la orden mientras vosotros os batíais. De haber vencido él, lo habríamos ahorcado en tu lugar.

—Cuentos. Todo sigue igual en este condado y en el condado vecino. Ustedes, venerables amigos, no son más que unos esclavos de una organización criminal. Y usted, *sheriff*, sabía que yo vencería al amigo de Skelt. Esperó a verle caer para firmar la orden; de lo contrario no lo habría hecho.

—¿Te atreves a insultarme?

—Me atrevo a decir tímidamente la verdad, con mi voz estropeada y gangosa.

—Voz que molesta nuestros oídos. Pero no será por demasiado tiempo. ¿Qué te había hecho el hombre a quien mataste?

—Formaba parte de la cuadrilla que asesinó a mi mujer. Al igual que Skelt, quien tiene el honor de acompañarme en la hora de mi muerte.

El *sheriff* se mordió los labios. Conforme los minutos pasaban, más tranquilo y apacible era el aspecto de Karter. Parecía que no hubiese nada capaz de hacerle perder la serenidad.

—A su tiempo presentaste una denuncia sobre ese hecho, acusando de él al honorable *mister* Coleman. Naturalmente que éste fue declarado inocente, y se dictaminó que tu mujer había muerto al disparársele accidentalmente un revólver.

Karter inclinó un poco la cabeza, con un movimiento que no se sabía si era de respeto o de burla.

—Lamento disentir de la opinión de tan alta autoridad, *sheriff*, pero mi esposa murió de once disparos de revólver y una puñalada. Era una mujer muy lista, eso sí, y sabía hacerlo todo, pero su habilidad no bastaba para causarse tantas heridas con un revólver que se le disparara por casualidad.

—¡Basta de comedia! —rugió Skelt—. ¿Eres o no *Estrella Negra*?

—Lo soy.

Hacía sol aquella mañana y las caras estaban sudorosas y tostadas por sus rayos. Pero aun así palidecieron al oír aquella inesperada confesión. En algunos semblantes, los pertenecientes a simples curiosos vecinos de Clemens, se reflejó la admiración. En otros, como en los de Skelt y el *sheriff*, la más despiadada rabia.

—Ese hombre tiene el lazo demasiado bien puesto, Mac Derby.

El gigante comprendió. Nada de muertes rápidas. Nada de ejecuciones bien hechas. Hay que ver lo que puede cambiar un lazo puesto un centímetro más arriba o un centímetro más abajo.

Lo movió. Karter no hizo ninguna protesta. Tenía los ojos cerrados y rezaba en voz baja, produciendo tan sólo un levísimo murmullo. El sol daba en sus cabellos negros y les arrancaba un brillo mortecino, fúnebre ya. El del último rayo de sol.

—¡Arriba!

Mac Derby tiró sin brusquedades. El trabajo tenía que ser lento. Que luego no dijeran que él no era artista. Mantuvo en movimiento a Karter al menos dos minutos, una vez colgado en el aire, en una desesperada agonía. Pero la víctima no gimió ni abrió los ojos una sola vez. Hasta el fin siguió rezando. Debió pensar, desde el fondo de su terrible dolor, que ese fin tardaba en llegar años enteros, siglos tal vez.

Por último dejó de moverse.

—Ata la cuerda al árbol, Mac Derby, y que todos vean eso. Hay que dar ejemplo.

—Sí, señor. ¿Me dejarán colgar a mí también a la mujer?

Había otra víctima aquella mañana. Una mujer que había ayudado a Karter en un intento de fuga. Se decía que estaba en relaciones con los cuatreros. Era muy joven, muy bonita y muy valerosa. Cuando le dijeron que iban a colgarla esa misma mañana,

se limitó a reír.

—Claro que sí, Mac Derby. No hay nadie como tú tirando de la cuerda. Ahora mismo vamos a traer a la niña.

La «niña» tenía unos veinte años. La trajeron unos cuantos tipos apretándola mucho más de lo que hacía falta para tenerla segura. Llevaba un vestido desgarrado por los sitios más comprometedores. Sus cabellos estaban sueltos. Era morena, agresiva, potente.

El bigote de Skelt empezó a moverse.

La estrella del *sheriff* tembló. Y es que al *sheriff* le temblaban los brazos, la boca y el pecho.

Y hasta Mac Derby sintió que le iban a faltar fuerzas para tirar de la cuerda.

—Ponle el lazo.

—¡No me toquéis, cerdos! ¡Me lo pondré yo misma!

—Antes podrías enseñamos las piernas un poco, nena —insinuó Skelt.

—Ven a mirarlas tú.

Skelt aceptó la invitación. El bigote se le movía de un lado a otro, de pura excitación. Y cuando se hubo acercado suficientemente a la muchacha, ésta levantó el pie derecho y se lo estampó en el mentón con todas sus fuerzas. Skelt cayó hacia atrás, lanzando un bramido. Dejó de movérsele el bigote.

—¡Maldita! ¡Vamos a colgarla! ¡Pronto!

Mac Derby pasó otra soga por encima de la rama contigua a aquella de la que colgaba Karter. La muchacha vio el fúnebre adorno del árbol y sus fuerzas parecieron flaquear. Pero al instante se rehízo, apretando los dientes.

—¡La cuerda!

Ésta cayó blandamente del otro lado de la rama. Fue el mismo Skelt quien hizo el nudo y lo colocó al cuello de la muchacha, naturalmente lo peor que pudo.

—¿Sabes que esto va a ser muy poco divertido para ti, nena?

—Lo sé. Y sé también que lo haréis durar todo lo posible.

—Estás en lo cierto. Lamentarás cien veces el puntapié que me acabas de dar. Te aseguro que habrá tiempo. ¡Vamos, Mac Derby! ¡Arriba!

El gigante se humedeció los resecos labios. Había colgado a algunas mujeres, pero ninguna tan joven, bonita y tentadora como

aquélla. La admiró viva por última vez. Lástima, desaprovechar tanta belleza. Luego tiró hacia abajo. Y ocurrieron tres cosas:

Primera: La joven empezó a elevarse, colgada.

Segunda: Sonó un disparo.

Y tercera: La bala segó la cuerda.

CAPÍTULO II

ESTRELLA NEGRA

El primero que tomó una decisión fue Lee, uno de los ayudantes del *sheriff*. Se volvió rápidamente, mientras «sacaba», y sus dos revólveres vomitaron plomo. Pero no tuvo tiempo de apuntar bien. En realidad no tuvo tiempo de nada. Una bala disparada a unos cuarenta metros, le atravesó de parte a parte de la cabeza.

Lee fue el único que disparó y el único que murió por el momento. Pero los hombres allí congregados, los habitantes de Clemens, en Utah, supieron que otros iban a morir también.

Poco a poco, ignorando lo que iban a encontrar, volvieron sus rostros.

Lo primero que llegó hasta ellos fue aquel rumor cantarino de espuelas. El que se acercaba las usaba de un tipo grande, sin duda fabricadas en México, y las rodelas tintineaban suavemente a cada paso. Pero, cosa increíble, era un hombre solo.

No debía tener más allá de veinticinco años, y era de cabellos negros, bajo los cuales había unas facciones duras, como talladas en granito. Vestía pantalones tejanos, botas lejanas también, y una camisa de colores oscuros. No llevaba sombrero. Un doble cinturón canana cruzaba su cintura. Dos revólveres niquelados, impecables, brillaban al sol.

Sobre su camisa había una estrella de *sheriff*, pero tan oxidada que parecía de color negro.

La extraña aparición sobrecogió a todos por lo inesperado de su llegada y por su fantástica puntería, pero sobre todo por aquella estrella. Era algo que explicaba muchas cosas; por ejemplo, que el

muerto había mentido. Skelt, el *sheriff* y otros varios se pusieron amarillos como cirios. La muchacha jadeaba, en el suelo, tratando de liberarse de la cuerda.

Skelt se fue colocando detrás prudentemente. Sus movimientos eran tan suaves que nadie los notó, sobre todo por estar todo el mundo pendiente del hombre que se acercaba. El sonido de las espuelas de éste parecía llenar la tarde. Parecía retumbar sordamente en el cráneo de todos aquellos hombres.

Por un hueco entre las piernas de los que la rodeaban, la mujer le vio avanzar. Vio aquellas facciones que parecían talladas en piedra, aquellos ojos. Y se sintió acometida por una extraña conmoción interior.

—¿Quién eres, maldito? —rugió el *sheriff*, comprendiendo que era él quien tenía que dar allí sensación de fuerza—. ¿Sabes que dentro de un momento colgarás también de este árbol?

—Primero colgará usted, *sheriff*. Y cabeza abajo.

Las palabras de aquel hombre no daban sensación de bravata. Hablaba de colgar al *sheriff* como si eso fuera lo más fácil y sencillo del mundo. Pese a ser un hombre solo, todos tuvieron por un instante la impresión de que podía vencerles y ocasionar allí una carnicería. Pero fue solo un instante.

—¡Quieto! ¡No avances un paso más!

El hombre se detuvo.

—No pensaba avanzar ya. Estoy ahora a la distancia ideal para el tiro.

—¿Quién eres? —Gruñó el *sheriff*, tratando de dominar el temblor que recorría su espalda, pues sabía que para él iba a ser la primera bala, si aquel hombre llegaba a dispararla—. ¿A qué has venido a Clemens?

Los ojos del aparecido se elevaron un poco, tan sólo un segundo, para contemplar la figura del ahorcado.

—Ese hombre es mi padre.

Ahora el *sheriff* ya no pudo disimular sus estremecientos. Tampoco los hombres que le rodeaban. Todos se dieron cuenta de que correría mucha sangre.

—Tu padre, antes de morir, afirmó ser *Estrella Negra*.

—Lo hizo para que no me persiguierais a mí. Pero yo soy *Estrella Negra*.

—¡Magnífico! —exclamó uno de los testigos—. Lo que acabas de decir es una verdadera confesión. No necesitaremos demasiadas ceremonias para colgarte.

—Ni yo para abrasaros con plomo. Sois una miserable cuadrilla de asesinos que ni siquiera saben matar bien.

Su voz era tranquila, serena. Tanto que hizo perder los nervios por completo a uno de los que rodeaban al *sheriff*.

—¿A qué esperamos? ¡A él! ¡El árbol necesita más carroña!

La salvaje alusión al padre del hombre que estaba frente a ellos provocó en éste una reacción instantánea. Se encogió un poco, torciendo la cintura, y sus dos revólveres saltaron a la luz. Disparó confiándolo todo a su rapidez, pues estaba completamente al descubierto. Otro, que había sacado ya los revólveres, sintió como un picotazo en la garganta y se desplomó lanzando bocanadas de sangre. El *sheriff*, que había logrado «sacar», no llegó tampoco a apretar los gatillos. Tres balas instantáneas trazaron en su cuerpo una trágica recta que iba desde la garganta al diafragma. Y a partir de ese momento se produjo la desbandada.

Habían sido tan rápidos y certeros los disparos del recién venido, que nadie supo reaccionar a tiempo. Todo el mundo pensó que la próxima bala sería para él. Las multitudes son siempre cobardes, y ésta no fue una excepción. Cuando algunos individuos más valerosos se destacaron de esa multitud y empezaron a disparar, ya que había transcurrido cerca de medio minuto, y el joven Karter estaba parapetado tras una de las esquinas haciendo fuego desde ella. Uno de los que intentaban aproximarse, cayó tras dar varios traspiés a lo largo de la calle. Otro consiguió llegar a un porche, se abrazó a la primera columna de una forma extraña, como si quisiera sostenerla, y resbaló por ella poco a poco hasta quedar sentado en el suelo, muerto.

La mujer que estaba derribada junto al árbol comprendió que había llegado su momento. Nadie se fijaba en ella, pues todos estaban atentos a cobijarse y disparar contra *Estrella Negra*. A pesar de que le zumbaban las sienes a consecuencia de la tremenda presión de su sangre, tomó una decisión y la puso rápidamente en práctica. No le habían atado las manos, sin duda por creer que el «espectáculo» sería así mucho más divertido. Terminó de arrancarse la soga y echó a correr en dirección a una de las esquinas. Sabía que

dando la vuelta a los edificios lograría alcanzar por detrás el refugio de su salvador.

—¡Cuidado! ¡Se escapa!

Dos balas silbaron junto a su cabeza, mientras otra rebotaba junto a sus pies. La muchacha cayó al suelo. Volvió a saltar, como empujada por un resorte. Otra bala le atravesó la falda, y una última le rozó el tobillo izquierdo. Volvió a caer, pero estaba ya muy cerca del porche. Otro salto más y llegaría a la esquina. El griterío, a sus espaldas, le pareció ensordecedor, aunque sólo eran dos o tres hombres los que se preocupaban de ella y trataban de llamar la atención a los otros. Uno la tenía ya certeramente encañonada, pero entre sus ojos penetró una bala disparada por el revólver de *Estrella Negra*. La mujer, jadeando, gimiendo, logró llegar hasta la esquina. Una vez allí echó a correr, pero sin poder apoyar apenas su pie izquierdo en el suelo. Se volvió dos veces para ver si alguien la seguía, pero nadie había tenido aún tiempo para trazarse un plan de acción. La mujer se habría asombrado, caso de saber que desde que empezaron los disparos había transcurrido tan sólo un minuto. Al llegar a la esquina, tras recorrer toda la parte posterior de las casas, se sintió sujeta por un brazo. Estuvo a punto de caer a consecuencia del golpe.

—¡Tú…!

Era el hombre de la estrella negra. Había enfundado uno de los revólveres y llevaba el otro, aún humeante, en la mano derecha. La zarandeó un poco, como para despabilarla, pues la muchacha le miraba con una expresión de absoluta incredulidad.

—No tenemos ahora tiempo para presentaciones. ¡Corre hacia el caballo!

—Estoy herida en un tobillo, pero puedo llegar. ¿Qué vas a hacer tú?

—No te preocupes. ¡Corre!

Volteaba el revólver mientras tanto, impaciente. Ella no había visto jamás a nadie que voltease el revólver de aquella manera, con tan mágica facilidad, igual que si moviese sus propios dedos. Se quedó mirándolo fascinada, y tuvo que ser él quien le diese un empujón muy poco fino para hacerla correr hacia el caballo. Luego disparó, haciendo tambalearse trágicamente a una figura que había aparecido en la esquina cercana, frente a él.

La muchacha iba a trepar sobre la montura cuando Karter dio un ágil salto y se plantó junto al animal. Ella vio entonces que los ojos del hombre estaban empañados. No había podido recuperar el cadáver de su padre. Medio inconsciente, vio cómo él montaba, y se dejó sostener por sus brazos. Al instante emprendían un rabioso galope hacia la pradera cercana.

En la calle principal de Clemens, donde estaba situado el «árbol de las reuniones», no se hizo esperar la reacción. Varios hombres, tras reponerse del asombro inicial, corrieron hacia sus caballos.

—¡Huyen en dirección oeste, hacia las montañas!… ¡Hay que alcanzarles antes de que lleguen allí!

—¡Llevad vuestros rifles! ¡A esa distancia nos harán falta!

—¡Debemos dividirnos en dos grupos para cortarles el paso!

Parecía como si, lejano ya *Estrella Negra*, todos los habitantes de Clemens hubiesen recuperado de improviso su valentía y su capacidad de acción.

El joven, entretanto, galopando a través de la pradera, se daba cuenta de que nunca llegaría a las lejanas montañas que se divisaban en el horizonte. Su aventura había sido provocada por el deseo irresistible de salvar de la muerte a su padre, pero fuera de la razón poderosísima la verdad era que la empresa que había acometido resultaba descabellada. A pesar de que el caballo que montaba era excelente, sus perseguidores le darían alcance con disparos de rifle antes de que consiguiera llegar a las montañas. Y llevando el animal doble peso, con mucha mayor razón.

La muchacha miró hacia atrás. Vio algunos puntos negros que parecían brotar de las ya lejanas casas del pueblo.

—Nos persiguen.

—¡Claro que nos persiguen! ¿Esperabas otra cosa?

La voz del hombre había sido ruda. Ella se mordió los labios.

—¡Claro que lo esperaba, pero no por los motivos que tú crees! ¡Estoy acostumbrada a que los hombres vayan tras de mí, y de no hacerlo éstos me habría llevado una sorpresa!

El hombre volvió entonces la cabeza para mirar hacia atrás. Fue en ese momento cuando ella se dio cuenta de que era muy joven. No tendría más allá de veinticinco años. Pero la vida había dado a su rostro una expresión dura, granítica casi. Una expresión que parecía tener mucho de despiadada, aun cuando en el fondo de

aquellos ojos —y ella lo vio claramente— había humanidad. Tuvo la sensación, como mujer, de que le gustaría penetrar en el secreto de aquellos ojos.

Pero no tenían tiempo para lo que no fuera de decisiva importancia. Los puntitos negros estaban más cercanos y eran más numerosos. La mujer se percató de que él espoleaba al máximo el caballo, y también de que éste empezaba a dar muestras de flaqueza. El terreno era una pendiente continua hacia arriba, hacia las montañas. Supo entonces que de no mediar un milagro no llegarían jamás.

—Me llamo Siela —dijo en voz baja, casi al oído del jinete—. He pensado que antes de morir los dos te gustaría saber mi nombre.

Hubo una estrecha sonrisa en los labios masculinos, que se habían vuelto un poco hacia ella.

—Me llamo Jim Karter. Familiarmente soy Jimmy. Pero otras personas, no tan familiarmente, me llaman *Estrella Negra*.

—¿Por qué has hecho esta locura?

—No ha sido una locura. Necesitaba salvar a mi padre. Lo único que lamento de todo esto es haber llegado tarde. No me importa lo demás. No me importa que nos alcancen.

—A mí, sí.

—¿Y crees que tú significas algo? —Gruñó él—. Lo que pueda sucederte me importa menos que un dólar mordido por un perro.

—¡Entonces, déjame bajar!

El caballo dio un traspié. La subida le había reventado. Se le estaban desfondando las patas. Jim Karter sintió el dolor del valiente animal como si fuese propio.

—Creo que vamos a tener que bajar los dos. La próxima vez que tropiece este caballo se romperá una pata. Y no quiero tener que matarlo. ¡No quiero!

La subida se agudizaba. Daba angustia oír resollar al animal. Jim vio que le fallaban los remos, y entonces frenó de golpe. Hubiera sido inútil y cruel castigar con espuelas al noble bruto, porque éste ya casi no debía sentirlas. Había recorrido una distancia increíble, pues el pueblo estaba allá abajo, perdido en la lejanía. Los puntos negros se movían ahora con más lentitud, aunque seguían avanzando. Jim Karter desmontó tranquilamente, y ayudó a hacer lo mismo a la muchacha. De todos modos, aquello era el fin.

—Bueno, esto se acabó. Al menos que salve el caballo. Vamos a sentarnos aquí, a esperarles.

—Sí, esto es el fin, Jim. Pero tú me has salvado de momento la vida. Deja, al menos, que te recompense con un beso.

—Un beso tuyo vale dinero, muchacha. Hay que reconocerlo. Aceptado, gracias.

Se unieron sus labios un momento. Sólo un momento. Porque en aquellos precisos instantes, a su espalda dijo una voz:

—Hola, hijos míos.

CAPÍTULO III

EL ENCUENTRO

Hay tipos a quien le hace gracia llamar «hijo mío» a todo aquel que piensa despachar para el otro mundo. Por eso, Jim Karter no hizo mucho caso del aparente cariño que aquella frase encerraba. Se volvió con la velocidad del rayo, «sacando», aun con la certidumbre de que el que le había hablado le estaría encañonando ya.

Se detuvo en el último segundo. Aflojó de tal modo el revólver que éste cayó al suelo. El que estaba frente a él era un hombre solo, pero no un hombre de los que se veían con frecuencia por aquellas tierras. La verdad es que en todo el condado sólo había dos o tres como él.

Tendría unos cincuenta años, y vestía con severa elegancia. Lo único que disentía del conjunto era un gran sombrero, casi cónico, que protegía su cabeza de la furiosa intensidad de los rayos del sol. El color de sus ropas era negro. El chaleco y el inmaculado cuello duro le acreditaban como un pastor de almas. Éstos no abundaban mucho por Utah, y mucho menos en zonas como aquélla, una extensa zona pedregosa que casi se internaba ya por entre las montañas.

Jim, por instinto, miró si estaban a cubierto de los disparos de rifle. Y lo estaban no sólo de éstos, sino también de las miradas de sus perseguidores. Unos altos arbustos los ocultaban completamente. Luego, Jim espantó al caballo, que empezó a galopar lentamente siguiendo la ladera, y sólo entonces, tras haber atendido a estas dos necesidades que le dictaba su instinto de luchador de la pradera, dedicó su atención al aparecido.

Mucha confianza debía haberle inspirado éste, cuando primero se ocupó de su caballo y de ver si estaban a cubierto. Muy seguro debía estar de que aquel hombre no constituía ningún peligro para él, y no sólo por las vestiduras que acreditaban su condición pacífica.

Seila sufrió una ruda sorpresa al oír decir a Jim:

—Hola, tío Jonathan. Tú no debías esperarme a mí, pero yo a ti, mucho menos.

—Quisiera saber en qué clase de infierno has estado hasta ahora —indicó el pastor—. Explícamelo, porque uno no sabe nunca bastantes cosas sobre la maldad de los hombres. Y cada vez que te veo a ti, aprendo algo.

Jim Karter no se inmutó ante aquellas palabras. Una especie de sonrisa que era más bien una mueca cansada y triste, flotaba en sus labios.

—¿Pe… pero tú tienes un tío que es pastor de almas? —murmuró, asombrada, Seila. Y por su expresión se adivinó que ella debía considerar a los pastores como gentes de otro planeta.

—Parece ser que tu nueva amiga es tan impía como tú —comentó el de negro—. ¿Puedo saber por qué os estabais besando?

—No lo entenderías —susurró Jim—. Pero esto era algo así como una despedida.

—Yo no entiendo muchas cosas —manifestó, serenamente, el pastor—. No entiendo todo lo que es pecado, todo lo que es maldad.

—Pero ¿este hombre es de verdad tío tuyo? —preguntó de nuevo Seila con una expresión incrédula.

—Bueno, no exactamente tío. Era primo de mi padre. Pero me acostumbraron a llamarle «tío Jonathan» desde niño.

—¿«Era»? —subrayó el pastor—. ¿Qué le ha sucedido a tu padre?

Jim Karter cerró un momento los ojos, para que nadie viera la llamarada de pena y de furor que los alteró súbitamente.

—Lo han ahorcado hace menos de un cuarto de hora. Yo iba a salvarle aunque sólo he llegado a tiempo de completar en cierto modo su venganza. Esta mujer iba a ser ahorcada también, no sé por qué. A ella sí que he logrado salvarla.

—¡Oh, hijo mío!…

Había una profunda pena en la voz del pastor de almas. Una

pena devoradora, sorda. Se adivinaba que ante la noticia que Jim acababa de darle sentía vehementes deseos de llorar. Y tal vez hubiese cedido a ellos de no oír en ese momento lejano galope de caballos y algunos disparos hechos al aire. Se estremeció.

—¿Es que os persiguen?

—Quieren colgamos una medalla —dijo, sarcásticamente Jim.

—¿Qué se creía, viejo carcamal? —preguntó ella con insolencia, poniendo los brazos en jarras—. ¿Piensa que la gente de Clemens echa bendiciones después de ver caer a cinco o seis de sus hombres?

—Pero, Jim, hijo mío… ¿has llegado a matar a alguien?

—Bueno, quizá matar exactamente no… He…, he… —El joven parecía no dar con la palabra justa—, he pagado un viaje para el otro mundo a varios hombres, solamente…

—¡Jim, tu cinismo raya en lo increíble! ¡La forma en que has dicho eso constituye ya de por sí un pecado! ¡Deberías avergonzarte de que semejantes palabras hayan salido de tu boca!

El retumbar de los disparos sonó cerca. El de los cascos de los caballos parecía llenar la pradera.

—¿Y vais a dejar que os capturen? —exclamó, incrédulamente, el pastor—. ¿Por qué has dado libertad a tu caballo?

—Estaba reventado. Hubiese tenido que matarlo, y no quiero hacer eso.

—Os ahorcarán si os capturan, en el mejor de los casos. Podrían también haceros arrastrar por sus caballos, hasta reducirlos a pedazos. Y no quiero ya más sangre en esta tierra. Por el momento, os protegeré.

—¿Cómo? —susurró, incrédulo.

—Mirad, ése es mi carro —indicó el pastor—. Vengo de visitar a un enfermo que habita en la montaña, y ahora me dirigía a Clemens. Podéis ocultaros en él.

Por mucho que uno se haya resignado a la muerte, siempre desea vivir, y en la mirada que los dos jóvenes dirigieron al lugar que el pastor señalaba, hubo mucho de frenética ansiedad. Vieron entonces que en la ladera había una pequeña hondonada, la cual formaba como un camino natural hacia la ciudad de Clemens. En ella se encontraba detenido un gran carro tirado por un robusto caballo. Ese carro estaba completamente cargado de troncos y ramas, pues sin duda el pastor había aprovechado el viaje para

hacer parte de sus provisiones de leña con vistas al invierno. Jim recordó que, en otras ocasiones, tío Jonathan transportaba cargas para atender a su sustento con lo que le pagaban por ello. Y la idea relampagueó en su cerebro con una claridad casi mágica. Pero, de todos modos, no se hubiese atrevido a dar un paso sin la autorización del pastor. Éste apremió:

—¡Ocultaos entre la leña! ¡Pronto!

—Pero… ¿sabes a lo que te expones? —protestó Jim.

—Lo sé. Mas por encima de todo está mi convicción de que las cosas no deben solucionarse derramando sangre. Adivino, Jim, que, no te entregarías mientras quedase una bala en tus armas. Y que los otros te aplastarían luego como a una alimaña. No, no es ése el medio para resolver las cosas. Lo primero que debo hacer es evitar nuevas muertes y dar ocasión para que todos meditemos sensatamente. Luego, Dios dirá.

Les señaló el carro otra vez. Jim comprendió que no había un momento que perder. Obedecía a tío Jonathan o empezaba a enderezar ya los revólveres para recibir a sus perseguidores. Y en lo referente a la necesidad de no causar más muertes, tío Jonathan tenía razón. Su misma conciencia se lo estaba diciendo a Jim Karter. De modo que ciñó a Seila por la cintura, sin hacer caso de las protestas de ésta, y la arrojó violentamente encima de la carga de leña. Luego saltó él y frenéticamente empezó a cubrir sus cuerpos con las ramas. Lo hizo hasta tener la sensación de que no podrían respirar. En ese momento el pastor subía al pescante y ponía en marcha el carro tranquilamente.

No había pasado medio minuto cuando ya los jinetes perseguidores estaban encima. Aparecieron por varios puntos, rodeando aquella zona, y apuntando con sus rifles al pastor. Ninguno de ellos se quitó el sombrero al verle.

—Buenos días, buitre —saludó uno de los ayudantes del difunto *sheriff*, el que iba en cabeza—. ¿De dónde sales tú?

—De visitar a un enfermo. Se trata de Silas Rod. Vive, como todos sabéis, en lo alto de la montaña.

—¿Y no has visto a un caballo y dos fugitivos?

—Sí —dijo el pastor sin mentir, pues efectivamente los había visto. Y esperó con ansiedad la próxima pregunta, pues sabía que para esquivar ésta tendría que faltar a la verdad, cosa a la que no

estaba dispuesto—. Los he visto.

—¿Y qué dirección siguió ese caballo?

El pastor lanzó un suspiro al que por fortuna nadie prestó atención. Le iba a ser más fácil de lo que creía eludir también aquella pregunta.

—El caballo siguió por ahí, por la derecha.

—¿Y no ocultas a nadie en tu carro, truhan?

Jonathan se puso pálido. Había llegado el momento en que debía decidirse por la mentira o por una verdad trágica. Buscó desesperadamente la palabra menos comprometedora.

—Miradlo vosotros mismos —decidió al fin.

—¡Claro que lo miraremos!

Jim, bajo las ramas, apretó con fuerza los revólveres. En ese momento estuvo a punto de saltar. Pero le detuvo el pensamiento de que con ello comprometería definitivamente a tío Jonathan. Había que permanecer quieto hasta el último momento, hasta que las cosas fueran ya irremediables. Se mordió los labios y esperó. Oyó muy cerca el «tlic» del martillo de un revólver.

—¡Pronto sabremos si hay alguien!

El ayudante del *sheriff* disparó contra la leña, pensando que las balas pasarían fácilmente por entre las ramas.

Así fue, en parte. Y Jim y Seila hubiesen perecido de no haber entre las ramas troncos gruesos que desviaron las balas que aquel hombre disparó. Una rebotó tan cerca de los ojos de Jim que_ lo dejó ciego por unos instantes. Pero no hubo entre la leña el menor signo de vida, el menor movimiento.

—¡Está bien! Sigue tu camino. ¡Y procura no tropezarte más con nosotros cuando perseguimos a alguien!

—Lo tendré en cuenta. Mis saludos a *mister* Coleman.

Mister Coleman tenía mucho que ver con aquellos hombres. Mucho que ver con la muerte del padre de Jim y con la misma leyenda de *Estrella Negra*. El ayudante del *sheriff* miró recelosamente al pastor.

—No te compliques la vida, espantamoscas. Limítate a rezar por los muertos, y en paz.

Espoleó a su caballo, alejándose, y los otros le siguieron. Fueron hacia la derecha tras las huellas, que se apreciaban claramente en el polvo, del caballo libre de Jim. Su velocidad era aún considerable, y

no tardaron en perderse de vista. El pastor aguardó entonces para arrancar poco a poco. El corazón se le encogía pensando que las balas pudieran haber atravesado a Jim; que, a pesar de sus deseos, hubiese habido allí otra muerte.

Tras unos minutos de marcha lenta por el difícil sendero, preguntó en voz baja:

—¿Estás bien, Jim?

—Mejor estaría en una buena cama, pero no me puedo quejar.

—¿Y tu… compañera?

—Está herida en un tobillo, pero eso es de antes. ¿No has notado que saltaba como un canguro? Por lo demás, creo que sigue bien.

—Puede usted dejamos en cualquier lugar —dijo entonces la voz de Seila—. Si encuentra una montaña de desperdicios, no pierda la ocasión de descargamos allí.

El pastor esbozó una sonrisa triste. No comprendía que pudieran existir hombres y mujeres así. No lo comprendía ni aun después de vivir tantos años en el Oeste.

—No pienso dejaros en ninguna montaña de desperdicios, sino en un lugar que os gustará menos aún, en mi casa.

Las ramas se levantaron de repente. Jim Karter, olvidando toda prudencia, asomó la cabeza entre ellas.

—¿Estás loco?

—Es el único lugar donde, por el momento, podéis consideraros seguros.

—¡Pero quién diablos habla de seguridad! ¡Lo que yo quiero es liquidar a Coleman y a todos cuantos hicieron colgar a mi padre! ¡Lo que pueda ocurrirme a mí me importa un comino mientras consiga mi propósito! ¡Y si crees que vas a conseguir tenerme encerrado en tu casa para que escuche tus sermones, vas aviado, Jonathan!

Ni siquiera le había llamado «tío» esta vez. El pastor se hizo la reflexión de que dentro de dos horas se atrevería ya a golpearle. Pero en conciencia creía que no podía seguir otro camino. Mientras Jim Karter estuviese a su lado, no habría muertes.

—Esa mujer sufre una herida, ¿no? ¿Pretendes que se le gangrene?

La razón era de peso. Aunque a Jim aquella mujer le importase muy poco, no podía dejarla morir. Se volvió ligeramente y vio cómo

en el rostro del joven se marcaba la incertidumbre.

—¿Qué decides?

—Esa mujer no me importa. Pero, bueno, llévame a tu casa, si lo prefieres y si estás lo bastante loco para exponerte a las iras de Coleman.

—Coleman no hará nada contra mí —replicó el pastor con una extraña seguridad.

Jim, en este momento, no dio la menor importancia a esa frase. Ni siquiera llegó a prestarle atención. Pero, de todos modos, quedó grabada en su memoria, y habría de llegar un momento en que su espíritu atormentado la recordaría una y cien veces.

CAPÍTULO IV

HADA

El pastor vivía en Jamesville, pequeña población situada a quince millas de Clemens. Allí tenía su casa y el centro de sus actividades, que afectaban a toda la comarca. De hecho, el pastor Jekyll era uno de los hombres de vida más activa de todos aquellos contornos.

Su casa era sencilla, pero pulcra y blanca. Estaba en las afueras de la población, aislada de los demás edificios. Pero aun así prefirió entrar de noche con su carga, pues si alguien veía lo que llevaba en el carro, las consecuencias podían ser funestas.

Eran aproximadamente las nueve, y el sol ya se había ocultado tras las lejanas montañas, cuando el crujiente carromato se detuvo ante la parte trasera de la casa. Una negra de unos cincuenta años, sin duda el ama del pastor, salió a recibirles.

—Ha tardado mucho hoy. Cada día se vuelve más juerguista.

—¡Chist! Voy a entrar el carro directamente en la cuadra. Ábreme la puerta.

Al parecer, no era ésa la costumbre normal del pastor, pero la negra obedeció sin chistar. Jim Karter notó que estaban en el interior de una cuadra por el cálido olor de los animales en reposo. Había vuelto a cubrirse con las ramas, y no se movió hasta que el pastor se lo dijo.

—Bueno, podéis salir.

Los dos se incorporaron al mismo tiempo. La muchacha levantó un poco su pierna herida, con un gesto de dolor, y todos pudieron ver que tenía el tobillo completamente hinchado.

—¡Hum! Esto tiene mal aspecto. Habrá que curarte.

—Pero ¿de dónde han salido estos demonios? —chilló la negra —. ¿En qué clase de calderas infernales ha estado usted hoy, pastor Jonathan?

—Serán mis invitados durante unos días. Pero abstente de comentarios ante las demás gentes del pueblo. Si hablas demasiado, las consecuencias pueden ser funestas para todos.

—Yo no hablaré, mas… ¿cómo va a tener a ese hombre y esa mujer escondidos en la casa, sin que lo note nadie?

—Es cuestión mía —atajó algo secamente el pastor, empleando un tono que no debía ser habitual en él.

La negra se calló.

—Vamos, podéis bajar ya. Es necesario curar a esta mujer cuanto antes.

—Me llamo Seila —declaró ella, contemplando al pastor con una desafiante sonrisa—. Y él opina que es un bonito nombre, ¿verdad, Jim?

—Ya te he dicho que tú y tu nombre me importáis menos que un dólar mordido por un perro.

La negra se llevó ambas manos a la cabeza, abrumada ante aquellas palabras que sin duda en la casa del pastor no se habían escuchado jamás.

—¡Pero, santo Dios, buen Dios, nombre de Dios! ¿De dónde ha sacado usted esto?

—Este muchacho es el único hijo de mi primo carnal Stephen Karter —manifestó en voz baja el pastor, como si no se atreviese a confesar del todo que un tipo así formaba parte de su familia—. En cuanto a ella, no sé quién es. Pero si Jim le ha entregado su amistad, sea también bien venida a esta casa.

—¿Mi amistad? —Gruñó Jim—. ¿Qué diablos tengo yo que ver con ella? Si la echas de aquí me harás un favor. Me molestan las mujeres.

Seila se revolvió con una ira violenta que al mismo tiempo, sin embargo, reflejaba cierta satisfacción. Porque Seila era de esa clase de hembras a quienes no les gustan las caricias, sino todo lo contrario. Para que una caricia les empiece a gustar desean primero luchar y ser dominadas a la fuerza. E iba ya a abalanzarse sobre Jim cuando el pastor impuso paz con un ademán autoritario.

—Todo esto son tonterías. Pero aunque no lo fuesen, ya

tendremos tiempo sobrado para discutirlas. Lleva a esa mujer adentro, Jim.

El joven la sujetó por la cintura y por detrás de las rodillas, levantándola en vilo. Con ella en los brazos, y a pesar de los movimientos rebeldes de la muchacha, pasó de la cuadra al interior de la casa siguiendo al pastor.

La sensación que por dentro producía la casa era muy semejante a la que producía desde fuera, y podía resumirse en estas tres palabras: Limpieza, paz y quietud. Los muebles eran modestos, pero estaban bien conservados; en el suelo había alfombras, y en lugares cuidadosamente escogidos, jarros con ramos de flores. Todo daba la sensación de estar cuidado por una mano femenina, pero no por la del ama negra, sino por otra mucho más delicada. Cuál fuera ésta, no lo supo Jim Karter por el momento. Ni se preocupó de averiguarlo.

Soltó a Seila sobre una de las butacas. La muchacha salió despedida por los muelles y cayó al suelo lanzando una imprecación. El ama negra protestó:

—¡Me van a ensuciar las alfombras!

—Ah, bien, no tenga miedo —rezongó Jim—. Eso lo remedio yo en seguida.

Había visto la puerta de un patio, que estaba abierta. También era visible, en el centro de ese patio, un enorme barreño para lavar. Volvió a levantar a Seila con sus brazos, a pesar de los gritos y pataleos de ésta.

—Quedará limpia en un momento.

Sin que el pastor pudiera impedirlo, la sacó al patio. Se acercó al barreño, que estaba lleno de agua limpia, y la dejó caer ruidosamente en él. La muchacha lanzó un grito.

—Estate quieta ahí un rato, no sea que vuelvas a manchar las alfombras de esta honorable familia.

Había cierto tono de burla en la voz de Jim, pero no dirigido a la muchacha, sino al pastor. Éste no debió captarlo. Mas sí la dueña de una voz que, a espaldas de Jim contestó:

—Muy bien hecho, señor. Pero olvida que usted necesita el agua bastante más que esa muchacha.

La voz era dulce, suave, pero al mismo tiempo extraordinariamente firme. Era una voz que tenía personalidad. De

esas que se recuerdan al cabo de veinte años. Jim se volvió poco a poco, y entonces la vio a ella.

Era Hada, sin duda.

Hada.

Así, su nombre limpio, puro, sin nada más. Hada. Su nombre lo decía todo. Y hablaba a Jim Karter de algo muy remoto, que parecía perdido tras las brumas del ayer, pero que produjo al joven como una punzada en el fondo del corazón.

Hada tendría unos veinte años. Era alta, rubia, tenía los ojos azules y una sensación de firmeza en la mirada. Sus ojos tenían también algo más: Eran puros. Hablaban de una vida donde no había lugar para el mal, para la mentira, para la pasión desordenada. Pero al mismo tiempo Jim se dio cuenta de que en el cuerpo de aquella mujer había relieves capaces de hacer guiñar un ojo al sol. Sus veinte años pictóricos, exuberantes, poderosos, se mostraban ante él con una belleza y una perfección que casi hacía daño porque eran excesivas; nadie, al primer golpe de vista, podía creer que aquélla fuera una mujer de verdad. Pensó en lo que significaría aquella mujer en la calle, ante las miradas de los pistoleros, cuando su figura se recortara ante los ojos vidriosos de los profesionales del gatillo. Tuvo miedo por ella. En una ciudad como Jamesville era casi una maldición tener una figura como la de Hada.

Trató de no mirarla a los ojos.

—Te creía en el Este —dijo simplemente—. Estudiando.

Ella también le había reconocido. Sus cejas se habían arqueado al principio. Ahora había bajado los párpados un poco.

—Y yo te creía en la cárcel —contestó—. Cumpliendo condena.

El pastor se colocó entre los dos. Estaba nervioso. Se veía ahora que había estado temiendo aquel encuentro inevitable. Movió las manos, con un gesto que debía de ser habitual en él, tratando de imponer paz.

—En fin, muchacho, creí que… creía que ya no reconocerías a mi hija Hada. Hacía cinco años, o cosa así, que no os veíais, ¿me equivoco?

—Cinco años, seis meses y once días, exactamente —recitó ella con los dientes apretados.

—Bien, ¡qué excelente memoria! El caso es que… Jim va a pasar

una temporada con nosotros —dijo el pastor, tratando de fingir alegría—. Es natural que le haya invitado, ¿no? El hijo de mi único primo…

Hada seguía quieta, mirándole con los dientes apretados.

—Dime por qué lo has traído.

—Bueno, el que yo traiga a casa, para pasar unos días, a un miembro de nuestra familia, no necesita ninguna explicación…

—Jim Karter no es un miembro normal de la familia. Quiero decir que no es de ésos a quienes la gente invita, ni él se deja invitar. Dime por qué lo has traído.

Seila, que todavía estaba en el agua, salió de ella haciendo ruido y con las ropas pegadas a su cuerpo. El pastor tuvo que mirar hacia otro sitio.

—Nos ha invitado porque le ha dado la gana, ¿sabes, niña? Y si a ti no te gusta, podemos encontrar alojamiento en seguida. ¡Ni Jim Karter ni yo necesitamos a nadie!

Hada le dirigió una mirada indirecta, lejana.

—¿Tu novia? —susurró, clavando sus ojos en Jim.

—No. ¡Qué diablos va a ser mi novia! ¡Porque la he salvado de la horca se cree con derecho a casarse conmigo, o algo semejante!

La garganta de Hada sufrió una crispación.

—¿La has… salvado de la horca?

—¿Qué tiene de particular eso? —saltó ella—. ¿Acaso no sabes, mocosa, que una sesión de cuerda es a veces buena para la salud?

El pastor puso una mano sobre los hombros de Hada, tratando de llevársela de allí. Adivinaba que la impresión que los dos aventureros habían causado en su hija, tan educada y tan pura, era desagradable. Y a cada minuto que transcurría, esa impresión se iba acentuando, principalmente a causa de las palabras de Seila. De modo que trató de llevarse a la muchacha de allí.

—Vamos, Hada, ya tendréis tiempo de hablar. Ahora debes dejarme que los atienda.

Pero la muchacha hizo una pregunta que ya nadie esperaba en estos momentos.

—¿Dónde está Stephen, el padre de Jim? Todo el mundo sabe que no se separaban nunca.

Los ojos del joven se entrecerraban. El pastor entrelazó los dedos de sus manos, nervioso, y hasta Seila abandonó su actitud

provocativa para adoptar un aire triste que denotaba postración.

Fue Jim el que respondió por fin; diñase que, durante unos instantes, en el pequeño patio se había solidificado el aire.

—Ahorcado. Lo han ahorcado colgándolo del «árbol de las reuniones», de Clemens, hace apenas unas horas.

La muchacha tembló. Sus hombros semejaron sufrir una violenta sacudida, mientras sus manos arañaban los pliegues de la falda. Al fin cerró los ojos, y pareció como si sus labios musitasen una oración.

—Entrad —susurró—. Sed bien venidos.

CAPÍTULO V

LOS HOMBRES MUEREN CON PLOMO

Hasta entonces no se había dado cuenta Jim de lo que puede valer una mujer.

Fue Hada, silenciosamente y sin ni siquiera preguntárselo, quien le proporcionó unas ropas nuevas de vaquero para sustituir a las suyas, manchadas y rotas por varios sitios. La que entregó a Seila uno de sus vestidos para que pudiera despojarse de sus ropas deshechas y empapadas de agua. La que puso una cinta negra en un daguerrotipo del padre de Jim, que colgaba de una de las paredes del comedor. La que, en fin, dispuso para los huéspedes una cena como éstos no habían probado en muchísimo tiempo. Todo ello en pocos minutos y sin alterar el orden de la casa, con un silencio eficaz y lleno de elegancia. Cada vez que pasaba junto a él, Jim se veía obligado a pensar en lo maravillosamente bien que le sentaba aquel nombre: Hada. Porque, en efecto, la muchacha parecía dotada del don de transformarlo todo, de purificarlo todo con sólo su maravillosa presencia.

Cenaron en silencio, casi sin dirigirse la palabra. Seila tenía buen apetito e hizo honor a los manjares, con una vitalidad de animal joven y poderoso que causaba admiración. En cambio el pastor, su hija y Jim Karter cenaron muy poco. Fue al servir Hada el café cuando el pastor levantó los ojos para decir:

—Te he traído aquí con un propósito determinado, Jim. No sé si la has comprendido ya.

—Creo que sí —asintió él, mirándole—. No hace falta ser muy inteligente para eso.

—Mira, Jim, dudo que te hayas dado cuenta de lo que esto significa para mí. Tu padre y yo, más que primos, fuimos siempre verdaderos hermanos. Juntos vivimos muchas cosas y juntos habíamos pensado descansar algún día. Los azares de la existencia nos llevaron por distintos caminos y mientras él se dedicaba a vender ganado y a comerciar con los hombres, yo trataba de purificar sus conciencias. Tú, Jim, fuiste durante tu niñez una esperanza para mí. Al enviudar y saber que no podría tener ya ningún hijo varón, me acostumbré a invitarte a pasar largas temporadas en esta casa. Esperaba que fueras un hombre honrado y un motivo de orgullo para nuestra familia. Ahora… —vaciló un momento, como si no supiese continuar, y al fin, dijo—: Ahora se han torcido las cosas. Tu padre ha muerto en la horca y a ti te persiguen. Pero estás vivo aún. Y mientras permanezcas en Jamesville nadie vendrá a buscarte, porque ésta es una ciudad donde ni siquiera hay *sheriff*, y en la que se reúnen todos los maleantes de Utah. Por eso, porque estás vivo y seguro, quiero que permanezcas aquí. Pero deberás cambiar de vida. Deberás dejar tus revólveres a un lado y olvidarte de que supiste empuñarlos un día.

Se produjo un instante de silencio en la mesa. Jim sentía clavados en su rostro los ojos de Hada, unos ojos inquisitivos, fríos. Seila, por el contrario, le miraba con una expresión de inquietud pues parecía orgullosa de que él fuese un pistolero. Al fin, Jim arguyó:

—Tú mismo has dicho que aquí no hay ley. Por consiguiente, un hombre, para sobrevivir, debe llevar siempre sus revólveres a punto.

—Yo soy un ejemplo de que se puede sobrevivir sin llevar revólveres —dijo el pastor—. Y dentro del ambiente corrompido de Jamesville he logrado que esta casa fuera un oasis donde se respira la paz. No vengas tú a turbarla. Jim, ya que te hemos acogido bajo nuestro techo.

—¡Un oasis de paz! —replicó todavía él, con un acento levemente burlón—. ¿Y qué ocurre cuando Hada sale a la callé, cuando pasea por esta ciudad infestada de gentes que viven de su gatillo?

—Hada es una muchacha honesta —protestó el pastor.

—No lo pongo en duda. Pero ¿le permiten seguir siéndolo? ¿Qué

cosas debe soportar cuando sale de esta casa? ¿No justifica eso el que alguien lleve revólveres aquí?

—Tengo quien me defienda —susurró lentamente Hada, sin dejar de mirarle—. Mi novio, el señor Sam Reynolds, es lo bastante respetado aquí para que nadie se atreva a insolentarse conmigo.

—¿Tu novio… el señor Sam Reynolds?

Había sorpresa en la voz de Jim. Y, cosa extraña, él mismo notó que era una sorpresa desagradable, aun cuando pensó que todo aquello no le importaba nada. Que le importaba menos —empleando una de sus frases— que un dólar mordido por un perro. Pero Hada, mientras le decía que era la novia de un tal Sam Reynolds, le había estado mirando a él. Mientras le hablaba de otro hombre había tenido clavados en los suyos sus ojos fríos recónditos, misteriosos, en cuyo fondo sin embargo, bailaban las llamas de una pasión devoradora y oculta. Hada la quieta, la solitaria, la muchacha más honesta y más inasequible de Jamesville, le estaba mirando a él, sólo a él, mientras dejaba caer lentamente aquellas palabras. Jim Karter tembló, y no supo decirse por qué. Pero tuvo que esconder las manos.

—La niña ya tiene quien la defienda —ironizó Seila con voz vibrante de pasión—. Pero yo no. Mientras yo permanezca aquí, Jim llevará sus revólveres.

El pastor trató de desviar la conversación. No le gustaba el giro que estaba tomando aquello.

—¿Qué significa esa estrella, Jim? Está tan enmohecida que casi parece negra.

—Se la arranqué a un *sheriff* después de matarlo. Él ya la llevaba así.

—¿A un *sheriff*… y después de matarlo?

—Sí. Esta estrella era el símbolo de su justicia. Estaba enmohecida, negra; diríase que se había podrido por dentro. Y hasta que mate al último miembro de la cuadrilla, no me la quitaré. Este último miembro será enterrado con la estrella negra en el pecho.

—¿A qué cuadrilla te refieres? —inquirió Hada.

—A la de Coleman.

—Coleman es un hombre muy poderoso. Quizá el más poderoso de Utah. Pero no tiene ninguna cuadrilla.

—Estás en un error, Hada. La tiene, y muy selecta. La formaban

un par de *sheriffs*, ninguno de los cuales vive ahora, y otros personajes de cierta importancia. Merced a ellos, Coleman ha hecho detener a quien le ha parecido y ha hecho colgar a todos aquellos que no estaban de acuerdo con él. Se dice que Coleman tiene además un lugarteniente a quien nadie conoce y que actúa desde la sombra. Mi padre fue colgado por obra de esos personajes.

—Pero ¿por qué luchabas tú contra Coleman? —saltó el pastor —. ¿Qué te había hecho él antes de que colgaran a tu padre?

Jim se mordió los labios. Fue entonces cuando todos se dieron cuenta de que detrás de su juvenil apariencia se abría un abismo. De que tenía alma de luchador, y de que su vida tendría que estar siempre bordeando, fatalmente, las fronteras de la muerte.

—Vi lo que hacía a otros —masculló—. Es bastante. Y mientras Coleman y sus hombres vivan, yo llevaré esta estrella negra en el pecho. Significará que en Utah aún reinan la muerte y la injusticia.

—Te enterrarán con ella —dijo, sordamente, Hada—. ¡Qué gran horror! ¡Ser sepultado con una estrella que ya se oxidó hace años!

Había como un sordo rencor en la voz de la muchacha.

Y todos se percataron de que un volcán ardía tras sus labios. De que tras su apariencia de muchacha retraída y quieta llameaba la pasión.

—¿Qué te importa a ti eso, Hada?

Seila se levantó poco a poco, desperezándose voluptuosamente igual que una gata.

—Deja a esa chiquilla, cariño. Sólo sabe hablar de tumbas. Y dame un beso antes de que me vaya a descansar.

Jim volvió la cabeza, y en ese momento se encontró ya con los labios de Seila. Fue algo completamente ajeno a su voluntad. Aquellos labios se apretaron contra los suyos, ávidamente, mientras las manos de la mujer apretaban frenéticamente sus hombros. Fue solo un instante, pero bastó para que el pastor tuviera que desviar los ojos, mordiéndose los labios. Y al poder Jim mirar a Hada, vio que ésta tenía blancos los nudillos de las manos. Vio que se había clavado las uñas en las palmas, hasta hacerse sangre.

Él se puso también en pie.

—Lárgate, Seila.

—Lo que tú mandes, amor.

Se alejó balanceando sus caderas. Antes de subir al piso superior

dirigió aún una última e insinuante mirada a Jim Karter.

—Tienes que prometerme que accederás a lo que he pedido —exhortó el pastor, cuando estuvieron solos—. Creo que si tu padre viviese, me daría la razón.

Por toda respuesta Jim se despojó del doble cinto, dejándolo con las armas encima de la mesa.

—Te prometo que mientras habite en tu casa no usaré revólveres. El día en que piense matar a alguien me marcharé de aquí.

Dio media vuelta y salió del comedor. Pero no subió a las habitaciones superiores, pues sabía que Seila aún estaría por el pasillo. Aunque la mujer era apasionante, aunque enloquecería a cualquiera, no debían olvidar que estaban en la casa de un pastor de almas. Por eso se dirigió rectamente al patio, el cual ya había visto conservaba una puerta por la que se salía al exterior. Necesitaba tomar el aire, refrescar las ideas y cerciorarse de cuál era la nueva situación.

Una vez en el patio, se detuvo un instante. Por encima de su cabeza había un cielo estrellados, quieto, limpio, y a su alrededor todo era silencio. Ya se había dado cuenta de que aquella casa estaba algo aislada del resto de la población. Una calma augusta la envolvía, la separaba del mundo.

Jim Karter se detuvo cuando iba a salir. Era muy extraño lo que sentía. Era como si el tiempo se hubiese detenido para volver luego hacia atrás, bruscamente. Como si él fuese otra vez un muchacho que, a escondidas, aprendía a manejar el revólver. Allí estaba la cancela de la puerta por la que tantas veces escapó, allí la pared con la enredadera en que Hada solía apoyarse mientras hablaba; allí la ventana de su dormitorio, tras la que veía moverse su silueta todas las noches; allí estaba el aire que respiraron, el mismo aire de los días que no volverían jamás. Sí, todo esto era muy extraño, porque se trataba de sensaciones que Jim creyó muertas para siempre. Muertas como Hada, a la que suponía estudiando en el Este. Hada, la muchacha a la que no había querido volver a recordar jamás.

Oyó un ruido a su espalda y se volvió poco a poco.

No hacía falta mirarla. La conocía por su modo de caminar. Más de cinco años habían transcurrido y, sin embargo, aún recordaba sus pasos. Aún recordaba aquel perfume de su piel y su voz que

acariciaba al hablar, aunque quisiese herir con ella.

La vio acercarse. Era Hada.

—¿Puede saberse adónde vas? —susurró con cierto tono de burla, tratando de mantenerse a distancia—. ¿Son éstas las costumbres de una mujer honesta?

Hada, en efecto, venía visiblemente preparada para salir. Cubría sus cabellos con un velo de blonda, y sus manos calzaban guantes de fina piel. Entre ellas llevaba un pequeño bolso.

—Salgo todas las noches a esta misma hora. Naturalmente, con autorización de mi padre.

—No te he preguntado quién te autorizaba. Eso no es cuestión mía. Sólo quiero saber adónde vas, aunque en realidad me importa tanto como saber cuál es la dirección que siguen esas estrellas que tenemos sobre nuestras cabezas. Si no te parece bien contestarme, no lo hagas.

—Voy a pasear con mi novio, el señor Sam Reynolds —contestó, altivamente, Hada.

—¿No viene él a buscarte nunca? ¿Tienes que salir sola?

—Esta noche es una excepción. Debe haberse retrasado por cualquier causa, pero estoy segura de que lo encontraré a mitad de camino, mientras me dirijo al pueblo.

Iba ya a pasar. No le dirigió una mirada. Movió la cancela de la puerta exterior.

De repente, Jim dijo aquello. No supo cómo.

—Hada…

No hay nada más simple que pronunciar un nombre. Nada tan intrascendente. Pero, a veces, un simple nombre cambia las cosas y transforma una situación vulgar en otra llena de vibrante pasión. Hada y él se dieron cuenta de eso al mismo tiempo. Jim lamentó al instante haber despegado los labios.

—Cinco años… —murmuró sin embargo, como si no fuera él quien hablaba, como si hubiese algo ajeno a su voluntad que le impulsara a ordenar palabras y recuerdos—. Cinco años y parece como si el tiempo se hubiese detenido, Hada… Hay algo de embrujado, de maldito en todo esto.

Ella terminó de abrir la cancela. Salió. No le miraba, pero a la luz de la luna Jim veía temblar sus párpados.

—Buenas noches. Te aconsejo que te retires a tu habitación.

Debes estar mareado después de aquel beso.

—Si te refieres al de Seila, ni me he dado cuenta.

Ella le miró burlonamente. Sus ojos claros se habían hecho ahora oscuros y brillaban, brillaban como las diabólicas estrellas de la noche.

—¿A tanto llega ya tu costumbre, Jim?

—¿Mi costumbre? No. Pero sólo tengo en cuenta aquellos besos que yo inicio y termino. No los otros. ¿Y tú, Hada? ¿Adónde llega tu costumbre?

Su voz era un poco violenta. La pasión en cada una de sus palabras y también en el ritmo irregular de su respiración. Hada se volvió hacia él, tensos todos los músculos de su cara. Daba la sensación de que hasta sus labios se habían endurecido.

—Desde que yo te esperaba en esa enredadera, Jim, desde que juntos salíamos por esa misma puerta, han transcurrido cinco años. No sé si tú sabrás lo que es todo ese tiempo, pero yo sí. Tú marchaste de esta casa sin despedirte de nadie, ni siquiera de mí, y has corrido aventuras en todo el Oeste. Así el tiempo pasa de prisa. Pero yo no me he movido de aquí. Yo he visto pasar cinco años un día tras otro, una noche tras otra. De tanto mirar hacia el cielo en mis horas de soledad, sé el lugar que ocupa cada estrella. De tanto contemplar esta enredadera quieta, esta puerta quieta, se han inmovilizado mis ojos. ¡Yo sí que sé que han transcurrido cinco años! ¡Y los cinco años transcurridos que ni siquiera sé por qué estamos hablando aquí, como si en nuestros corazones aún hubiera alguna huella de lo que ya está olvidado para siempre!

Hablaba en voz baja, pero con una extraña intensidad. Jim Karter bajó la cabeza. Y los cinco años transcurridos se le aparecieron entonces como una cosa maciza, agobiante. Sin mirar a Hada, musitó:

—Perdóname. Pero te ruego me dejes acompañarte, simplemente hasta que encuentres a ese señor Sam Reynolds. Es demasiado tarde para que vayas sola por este lugar.

—¡Hago lo mismo todas las noches! —cortó, secamente, ella.

—Bien, como quieras… Perdón otra vez.

Hada salió y echó a andar hacia abajo, hacia la ciudad. La casa del pastor estaba situada en una pequeña colina, y Jamesville se extendía a sus pies, bajo la noche, como una luciérnaga. Músicas

lejanas llegaron hasta ellos traídas por una ráfaga de viento. Luego, la noche volvió a quedar quieta, mansa, como una mujer dormida.

Jim Karter fue detrás de Hada. No supo por qué lo hacía, ya que en realidad ella había afirmado no necesitar protección. No le importaba tampoco ella. Hada era, al fin, una muchacha demasiado buena, demasiado dócil, demasiado estúpida, para la época en que vivía. Mujeres como Seila eran las que hacían falta, no damiselas como Hada. Pero la siguió.

Quizá fuese el embrujo de la noche, aquel aire endemoniado que traía las músicas de la lejana Jamesville, o tal vez el recuerdo de lo que Hada fue para él cinco años atrás. Jim Karter no era hombre acostumbrado a analizar sus sentimientos, y por eso no supo explicarse bien qué era lo que le ocurría. Pero siguió a la muchacha. Admiró el movimiento de su grácil cintura, el perfil de su línea elegante y al mismo tiempo abrumadoramente hermosa. Luego quiso dejar de pensar en ella. ¡Que el diablo se llevase a Hada, la niña buena!

Sam Reynolds no la esperaba en el camino, como ella había dicho. Por el contrario, éste aparecía desierto en el largo trayecto hasta la ciudad. Al darse cuenta de que Jim iba tras ella, Hada se volvió bruscamente y le increpó:

—¿Qué es lo que pretendes? ¿Defenderme por si me ataca una luciérnaga? ¿O por si me muerde una hormiga? ¡Me alegra decirte que no necesito la custodia de ningún pistolero, Jim!

Él se detuvo también, sonriendo con cierta expresión de burla.

—Estás enfadada porque no ha aparecido tu flamante novio, ¿verdad? Porque, al parecer, él no demuestra tanto entusiasmo por verte como tú por ir en su busca…

Se oyeron rechinar, en la penumbra, los dientes de la muchacha.

—¡Cállate!

—Bien, me callo… Y además no tienes motivos para decir que te vengo siguiendo. Me dirijo simplemente a la ciudad para ver cómo está Jamesville después de tantos años. Iba a hacerlo ya cuando tú has aparecido tan fina y tan mona para ver al señor Reynolds…

—¡Te prohíbo que hables de mi novio en este tono de burla! ¡Él es un caballero, mientras que tú solo eres un profesional del gatillo! ¡Y, además, no de los buenos, desde el momento en que has tenido que aceptar el refugio ofrecido por mi padre!

Desde luego, Hada sabía lo que hay que decir para herir en lo más profundo a un hombre. Esto era tanto como llamar a Jim inútil o cobarde. El semblante del joven se volvió de un color terroso. Pero Hada, a pesar de la luz lunar, no notó nada de esto. Dándose por satisfecha al saber que había herido al hombre, no esperó la reacción varonil, sino que dio media vuelta y siguió descendiendo hacia la ciudad.

A la entrada de ésta el panorama variaba por completo. La calma y la soledad del camino a través del campo desaparecían para ser sustituidos por una barahúnda de gritos, canciones y disparos hechos al aire en el interior de cada *saloon*. A las puertas de éstos había anuncios provocativos de mujeres semidesnudas, y el griterío que partía de sus batientes era sencillamente infernal. Naturalmente, la presencia de una mujer como Hada fue inmediatamente advertida, y varios tipos algo bebidos que estaban apoyados en las columnas de los porches empezaron a dirigirse hacia ella.

Jim sabía lo que iba a ocurrir. Por lo menos, Hada iba a ser estrujada por varios brazos y besada en la boca por varios labios bien remojados de alcohol. Eso, si no ocurría algo peor aún. De modo que se adelantó un poco, se puso a la altura de la muchacha y la tomó del brazo. Ella no opuso resistencia, al darse cuenta de su intención. Los borrachos siguieron acercándose, hasta poder ver a Jim bien, de cerca; lo catalogaron en seguida, a pesar de que no llevaba revólveres, husmearon el aire y volvieron grupas poco a poco. Al parecer, no tenían aquella noche ganas de pelea. Hada lanzó un suspiro, y entonces Jim se dio cuenta de que la muchacha había estado conteniendo la respiración.

—Es muy peligroso el que a estas horas venga sola una mujer a Jamesville —susurró mirando a la muchacha—. Y tú lo sabes.

—Sam nunca se había retrasado tanto.

—En todo caso, te aconsejo que no vuelvas a hacer esto. Puedes esperarle en tu casa, si acostumbra retrasarse.

En aquel momento sonaron disparos en la puerta de un *saloon*, frente al cual pasaban. Dos hombres salieron despedidos a través de los batientes, como si los hubiese empujado un huracán, se tambalearon sobre el porche y cayeron, al fin, entre el polvo de la calle. Tras ellos salió un tipo de unos treinta años, exageradamente

alto y grueso, un verdadero titán. Llevaba la camisa abierta casi hasta la cintura, mostrando su velludo pecho. Los monumentales revólveres lucían en sus fundas. Los extrajo poco a poco, con una sonrisa torcida, acercándose a los dos hombres a quienes acababa de derribar. Éstos llevaban las fundas vacías. Con expresiones de fanático horror vieron acercarse a aquella mole humana. Jim se llevó instintivamente las manos a los costados, pero recordó entonces que había dejado el doble cinto en casa del pastor. Lanzó una maldición por lo bajo. En aquel momento, uno de los caídos chillaba:

—¡No! ¡Nooo…!

El gigante le descerrajó dos tiros a la cabeza, mientras sus labios se curvaban en una mueca diabólica. El otro se había vuelto de espaldas para no ver la muerte, pero el gigante le obligó a girarse con el pie, le disparó también, fríamente, una bala entre las cejas.

Jim tragó saliva, y se dio cuenta entonces de que tenía la boca seca. Una expresión de odio deformaba sus facciones. Iba ya a adelantar un paso hacia el gigante, pero en ese momento, al mirar a Hada, se dio cuenta de que ésta se encontraba al borde del desmayo. Tenía los ojos en blanco y se dejaba caer sobre el brazo masculino con todo su peso. Trató de enderezarla.

—Necesitas tomar algo, Hada. Algo que te reanime.

La introdujo en el *saloon* de donde poco antes saliera el gigante. En realidad, no se dio cuenta de que éste acababa de regresar al mismo, penetrando en compañía de una turbamulta de admiradores. Se acercó a la barra y pidió una copa de ron.

Estaban en un lugar algo apañado, lejos de las miradas del público. Como, además, todo el mundo parecía concentrar su atención en el gigante, no había peligro de que nadie molestase a Hada. La muchacha bebió con avidez, tosiendo luego cómicamente.

Y fue en ese momento cuando alguien, a espaldas de Jim, preguntó:

—¿Le ha autorizado alguien para invitar a beber a mi novia, forastero?

El joven se volvió poco a poco. Hada había ahogado una exclamación, al reconocer aquella voz. Jim, en cambio, no la había oído en su vida, aun cuando sin duda era la voz de un hombre joven. Al volverse completamente, sus ojos distinguieron la figura

de un hombre elegantemente vestido, el cual lucía al cinto dos revólveres con cachas de plata y marfil. Era moreno, de ojos pequeños y sonrisa cuadrada, un poco desdeñosa. Su volumen torácico y sus largos brazos indicaban que era un hombre de fuerza, apto para la lucha.

Pero Jim solamente dijo:

—¿De modo que usted es Sam Reynolds, el pretendiente oficial de Hada?

—Su novio, más exactamente. Vamos a casarnos dentro de poco.

Había ácido en las palabras del hombre. Quemaban. Hada, a fin de evitar una situación aún más violenta, se adelantó dos pasos y trató de sonreír a Sam.

—Éste es Jim Karter, del que sin duda te habré hablado otras veces. Él y yo somos parientes, ¿sabes?, y hace años vivimos largas temporadas juntos. En vista de que no acudías, ha sido tan amable de acompañarme hasta aquí.

—No me gusta que te vean en el pueblo con desconocidos. Y mucho menos que un cualquiera como ése te invite a beber.

Las palabras habían sido pronunciadas con fuerza suficiente para que las oyeran todos. Y, en efecto, todos las oyeron. La atención general se trasladó, en cosa de segundos desde el gigante al grupo que formaban Hada, Jim y Sam Reynolds.

—No soy un cualquiera, señor. La misma Hada lo ha dicho.

—En tal caso, mucho peor para usted —sonrió, burlonamente, Sam—. Si usted no es un cualquiera para mi novia, lo natural será que lo elimine.

Jim no se inmutó. Estaba de espaldas a la barra, con los codos apoyados en ella, y no movió ni un solo músculo al oír la clara amenaza.

—Lo lamento, señor, pero tendrá que satisfacer otro día su respetable deseo. No llevo revólveres.

—Ningún cobarde los lleva. En esta ciudad conocemos de sobra tan cómodo procedimiento. Pero no se inquiete, porque aquí siempre habrá algún amigo que le preste los suyos.

La frase era casi una orden. Varios hombres se adelantaron, en ademán de desabrochar sus cintos, pero el que lo hizo con más rapidez fue el gigante que acababa de cometer dos asesinatos. Éste examinó de pies a cabeza a Jim, con una sonrisa cansada y llena de

condescendencia. Pareció decir con ella que le perdonaba la vida.

—De modo que el angelito no lleva armas, ¿eh? Es inteligente el enano. Todos los cobardes tratan de ingeniárselas para seguir viviendo. ¡Pobre cucaracha! En fin, con su permiso, señor Reynolds, me limitaré a arrancarle una oreja…

Extrajo con un movimiento centelleante un largo cuchillo de caza que llevaba colgado de su cinto. Hada, al verlo, lanzó un grito de horror.

—¡No puedes consentir eso, Sam! ¡No puedes!

—¿Y por qué no? Yo ya nada tengo que ver con la pelea, muchacha. Es Glompos el que se ha enfadado con nuestro amigo.

Jim le dirigió una mirada lejana, cargada de indiferencia. Dijo sencillamente:

—Hipócrita.

Glompos, entretanto, se había acercado poco a poco. La sala estaba ahora tan silenciosa como una tumba. Todos se hallaban pendientes del avance del gigante, de sus movimientos, de aquel cuchillo cuya sola visión hacía estremecer. Hada iba a interponerse entre los hombres, pero Sam la retiró con cierta brusquedad, sujetándola luego con ambos brazos. La muchacha fue entonces a decir a Jim que se humillase, que pidiera perdón, pero al mirarlo tuvo una sorpresa. Una violenta sorpresa.

Lo que reflejaba la expresión de Jim no era susto, ni ira, ni desprecio. Era sencillamente aburrimiento. Un mortal aburrimiento.

—Antes te he visto matar a dos hombres —masculló, mirando a los ojos del gigante—. Como aprendiz no lo haces del todo mal.

—Tratas de hacerte simpático, ¿eh, cucaracha?

—¡Oh, no! Digo la verdad, simplemente. Aquel balazo entre las cejas a dos metros de la víctima no lo hubiera mejorado un ciego, te lo aseguro. Estoy admirado de ver tu puntería.

—¡Y yo estoy harto ya de oírte! ¡Pronto! ¡Un cuchillo para este insecto!

—No lo necesito.

Hubo un murmullo de estupor entre los espectadores del drama. Nadie desafiaba así a un tipo como el tal Glompos. Ni un suicida ni un loco.

Hasta que, de repente, alguien notó aquel detalle.

—¡Oye, Glompos! ¡Mira lo que lleva al pecho! ¡Ese tipo es

Estrella Negra!

—¿*Estrella Negra*? ¡Mejor! ¡Le venceré y le arrancaré el corazón! ¡Así aumentará mi fama!

Se lanzó al ataque, con el cuchillo en alto. Pero antes de hacer un solo movimiento, Jim aún tuvo tiempo decir:

—¡Claro que me vencerás, hermanito! ¡Con esa uña que te ha crecido en la mano derecha…!

Y entonces empezó la función, el «baile».

Todos creyeron que la cosa terminaría en seguida. Cuchillada de Glompos y caída vertical de su enemigo. Pero los que eso creían se llevaron una sorpresa. Y los amantes de las emociones fuertes tuvieron sobrado motivo para que se les alterase el ritmo de los latidos del corazón.

Cuando el cuchillo iba a caer sobre él, Jim esquivó con una agilísima torsión de cintura, y la hoja se clavó hasta las cachas en la madera de la barra, produciendo un siniestro «tlac». El gigante lanzó una maldición y empezó a tirar con todas sus fuerzas del acero, para arrancarlo, pero no pudo. A Jim no le hubiera costado nada, en este momento, desnucarlo golpeándole con los dos puños a la vez. Pero en lugar de eso se entretuvo con él. Mientras el otro jadeaba sin lograr desclavar el cuchillo, le propinó dos puntapiés al final de la espalda que levantaron aullidos de entusiasmo entre los espectadores. Sam Reynolds palideció.

—¿Es que te faltan las fuerzas, hermanito?

La frase de Jim produjo como una punzada en el corazón de Glompos. Éste terminó de arrancar la hoja, de un brusco tirón, y se volvió hacia su enemigo con una expresión donde se leía un único y salvaje deseo: Matar.

—¡Vamos! Te estoy esperando…

Jim, en realidad, sudaba por dentro. Sabía que si no lograba desmoralizar al gigante, estaba completamente perdido. Y al mismo tiempo había en él un violento deseo de zaherirle, de humillarle, porque una alimaña así no merecía vivir. Supo, en aquel momento, que uno de los dos habría caído para siempre cuando aquella pelea terminase.

Trató de retroceder, para esquivar la acometida, y entonces Hada lanzó un grito.

Jim acababa de caer de espaldas, al tropezar con una silla

derribada a propósito. Y Glompos, prorrumpiendo en un alarido triunfal, se arrojaba sobre él para asestar el golpe definitivo.

CAPÍTULO VI

EL DUEÑO DE UTAH

Siempre que Glompos se encontraba en una situación así o sea cuando ya tenía a su enemigo derribado y a punto para la última cuchillada, solía pronunciar la misma palabra:

—¡Muere!

Pero esta vez, y dada la categoría del adversario, la adornó con unos cuantos epítetos y maldiciones. Y así dijo:

—¡Muere, perro vagabundo, rata del desierto, hiena desdentada, chacal! ¡Haré que te entierren con el cuchillo clavado!

Jim lo vio venir con una fría sonrisa en sus labios. Sam Reynols le había pisado una de las manos para que no pudiera levantarse ni dar vueltas sobre las tablas. El golpe del gigante no podía fallar. Pero cuando Glompos estaba ya sobre Jim, éste movió ambas piernas con súbita violencia, y el coloso salió proyectado contra los espectadores que se apiñaban en la barra. Hubo gritos, maldiciones, ruido de cristales rotos, y, al fin, Glompos se puso en pie.

Jim también se había incorporado tras librarse, con vivísimo dolor, de la presión que sobre su mano izquierda ejercía la bota de Sam Reynolds. Antes de lanzarse a la carga, y mirándole fijamente a los ojos, dijo tan sólo:

—Ha sido usted muy oportuno, amigo. Algún día Glompos le dará las gracias en el otro mundo.

Hada gritó entonces:

—¡Huye, Jim! ¡Vete!

Glompos avanzaba haciendo con su cuchillo movimientos en zigzag. Tenía miedo de su enemigo. Quería ahora cazarlo de pie,

con un golpe de costado en los que era especialista. Jim comprendió que tenía que retroceder.

El cuchillo le iba cortando hábilmente todos los caminos. Llegó un momento en que estuvo apoyado contra una columna, y entonces Glompos se lanzó a fondo. Pero no lo hizo a ciegas, como antes, sino asestando tajos en zigzag. Jim, pálido y con el rostro lleno de un sudor frío, se pegó al otro lado de la columna, girando rapidísimamente. El puñal arrancó secas astillas de madera.

Y cuando el brazo de Glompos iba a retroceder, se vio atenazado por dos garfios de hierro. Una hábil presa de codo, y el gigante lanzó un alarido al sentir como si cien cables le retorcieran el brazo.

La sala se llenó de gritos, de maldiciones, de rugidos de entusiasmo. Las gargantas enronquecieron cuando Jim hizo más fuerte su presa, retorciendo completamente el brazo derecho de Glompos, y sobre todo cuando empezó a oírse un siniestro crujido de huesos. El entusiasmo de los espectadores llegó al paroxismo, pues Glompos jamás había sido vencido hasta entonces. Pero a Jim Karter no le gustaba hacer sufrir inútilmente a sus enemigos. Soltó de repente al coloso, quien con la mano completamente blanca por falta de sangre, dejó caer el puñal al suelo. Trató de poner un pie sobre él, pero Jim, que ya contaba con esto, le propinó un golpe tras la rodilla, haciéndolo caer. Glompos sacó entonces los revólveres. Una voz resonó a su derecha:

—¡Perro traidor…!

Mas no llegó a disparar. Nadie hubiera podido hacerlo, después del fantástico lanzamiento de cuchillo de Jim Karter. La ancha hoja se clavó hasta el fondo en el estómago del gigante, quien lanzó un rugido mientras se doblaba sobre sí mismo. Cayó primero de rodillas y luego tocó con la frente el suelo, quedando hecho un extraño ovillo. La sangre que él tanto había hecho correr comenzó a deslizarse por debajo de su cuerpo.

Jim levantó un poco las manos mientras tensaba las piernas, y su mirada de lince recorrió la sala en un segundo. Si en ese momento alguien hubiera hecho un movimiento sospechoso, él habría podido saltar fácilmente tras la barra. Pero nadie hizo nada. Hacía falta más de un minuto para reponerse del asombro causado por la espectacular muerte de Glompos.

Jim sintió entonces que alguien rozaba su brazo. Era Hada.

—Jim, esto ha sido… horrible. No debes permanecer más tiempo en la ciudad… Mi padre se volverá loco en cuanto lo sepa…

—Tu padre sabe bien a quién ha dado cobijo, muchacha: A un miserable pistolero. De todos modos, saldré cuanto antes de la ciudad.

—Eso sería una tontería —dijo entonces una voz.

Había sonado cerca de la puerta, junto a los batientes. Todo el mundo se volvió, y el primero en hacerlo fue Jim Karter.

—Una solemne tontería —reafirmó el que había hablado antes.

Éste era un hombre de unos cuarenta años, y por lo tanto en la plenitud de su vigor y su fuerza. Vestía endiabladamente bien. Su levita, sus pantalones y su chaleco no los había confeccionado un cualquiera. Una gruesa cadena de oro cruzaba ese chaleco de un lado a otro. La botonadura de su camisa era de brillantes auténticos, y en casi cada uno de los dedos de su mano derecha lucía un anillo. Cosa rara, las piedras de todos esos anillos estaban talladas con aristas agudas. Un solo puñetazo de aquel hombre debía bastar para desfigurar la cara de aquél a quien lo propinase. Y ese tipo rutilante, cuya pedrería alumbraba más que el sol, estaba mirando a Jim Karter con expresión de suficiencia, pero translucía cierta admiración oculta. Cinco hombres con las fundas bajas, verdaderos pistoleros profesionales, iban tras él.

—Buenas noches, Coleman —saludó Jim Karter.

El otro sonrió, colocando los pulgares en los bolsillos de su chaleco.

—Tú eres Jim Karter, ¿no?

—El mismo. El hijo de Stephen Karter.

—No es necesario que recalques de ese modo el nombre de tu padre. Fue un santo varón y todos hemos rezado por él, ¿verdad, muchachos? —Los que iban tras él asintieron con expresiones burlonas—. Lástima que al final se le ocurriese infringir la Ley. Todos creíamos que acabaría teniendo una estatua en la plaza del Municipio y ya veis. Los hombres dan sorpresas.

Jim se mordió un instante los labios.

—Si sigue hablando de mi padre en ese tono, le deshago la cabeza, Coleman.

—Sé que has jurado deshacérmela algún día. Y que alguno de mis hombres ha probado ya el sabor del plomo de tus revólveres.

—Otros, lo seguirán probando. Pero a usted le haré el honor de matarle el último.

Que un hombre armado se atreviese a desafiar a Coleman cuando éste iba rodeado de sus pistoleros, era como para llamarle cien veces loco. Pero que lo hiciera uno que ni siquiera tenía revólveres, resultaba tan increíble que todo el mundo contuvo la respiración, y los ojos de los espectadores se abrieron como platos a causa del asombro.

—¿Qué sabes tú de mí, miserable? —Silbó Coleman—. ¿A qué se debe ese afecto tan entrañable que sientes por mi persona?

—Si en todo el territorio de Utah hubiese un solo tribunal que no estuviese vendido a usted, Coleman, lo diría en voz bien alta. Pero como la justicia que en esta tierra se administra es sólo la que conviene a sus intereses, prefiero arreglar las cosas a mi modo.

—Bien, pero eso no contesta a mi pregunta: ¿Cuál es la causa de que sientas ese odio por mí?

Jim volvió a morderse los labios.

Y entonces dijo aquello:

—La causa es una mujer.

CAPÍTULO VII

ELIGE TU PROPIA TUMBA

Jim Karter no supo cómo, pero inmediatamente después de pronunciar estas palabras, miró a Hada. Y vio que en el rostro de la muchacha, que hasta ese momento sólo reflejaba inquietud y miedo, se había producido una extraña transformación. Sus ojos acababan de oscurecerse, y su semblante se había vuelto repentinamente de un color terroso. Pero eso sólo duró un instante. Inmediatamente Hada, que también le estaba mirando a él, desvió la dirección de sus ojos.

—¿Una mujer? —preguntó, burlonamente, Coleman.

—Sí. Y puedo decirte algo más.

—¿Qué? —Silbó Coleman, adelantando un paso.

—El secreto de tu vida está en una tumba. Todo esto suena a raro, ¿no? Pero sin embargo es cierto: Está en una tumba.

Los dientes de Coleman rechinaron durante un instante.

Y sus ojos reflejaron una cierta desorientación, como si no supiera qué pensar. Pero en ese momento se adelantó uno de sus hombres.

—Ese tipo está diciendo ya demasiadas estupideces, patrón. Déjeme que lo despache.

—Prueba —sonrió Jim Karter—. A lo mejor, estás de suerte esta noche y tus revólveres me hacen sangre en un dedo.

—¡Te voy a…!

—¡Quieto! —ordenó, secamente, Coleman—. Este hombre me ha amenazado delante de todos, pero no hay razón para matarle. Todo el mundo es dueño de decir lo que piensa, y sólo por eso no merece

la muerte. Lárgate, Karter.

Jim miró de soslayo a su interlocutor. Una actitud tan noble por parte de éste le dejaba maravillado; pero conocía lo bastante acerca de Coleman para saber que no hacía aquello sin un fin determinado. Y le bastó un instante de reflexión para saber cuál era ese fin. Pero por el momento no hizo comentarios.

—Está bien, me marcharé —dijo sencilla mente—. Quedo a la espera de sus noticias, Coleman.

—Las tendrás, no lo dudes.

Jim iba a salir cuando le detuvo Hada.

—Vuelve en seguida a casa, te lo ruego. ¡Y, por Dios, no vuelvas a salir de ella!

—Preciosa muchacha —susurró Coleman, mirando a Hada de pies a cabeza, con expresión de entendido en la materia—. ¿Es tu chica?

—No. Es la chica de este valiente, de Sam Reynolds.

—Pues dile que la cuide. Si la vuelvo a ver por aquí puede que me entren ganas de hablar con ella.

Sam Reynolds rió confundido, con expresión zorruna.

—¡Qué bromista es usted, señor Coleman! ¡Claro que puede hablar con Hada cuando quiera! Todos sabemos que es usted un Caballero.

Hada estaba roja de vergüenza y de indignación. Aquella mirada lenta, escrutadora, viciosa, de Coleman, la sacaba de quicio. Porque era una mirada que atravesaba sus ropas, que llegaba hasta lo más recóndito de su piel. Nunca ningún hombre la había mirado así, y le parecía increíble que Sam pudiera soportarlo. Pero éste, por el contrario, agradeció con una sonrisa servil el cumplido que le hizo Coleman.

—Buen chico. Tú harás fortuna en esta tierra.

Jim notó que las uñas se le clavaban en las palmas de las manos. En este momento hubiera dado diez años de su vida por tener un revólver. Pero hubo de limitarse a decir:

—Vámonos, Hada.

Salieron los tres, aunque caminando de espaldas, Coleman les vio marchar con una sonrisa burlona. Y cuando estuvieron en la calle, Hada reprochó:

—No tienes remedio, Jim. Has insultado a ese hombre. Y él

pudo haberte matado y no lo hizo. Aun cuando sólo fuera por eso, deberías intentar olvidarte de él.

—No obró por impulsos bondadosos —objetó pensativamente sobre una mujer y sobre una tumba. Y quiere cazarme vivo para hacerme hablar. Supongo que la muerte no hubiese sido nada en comparación con lo que debe tenerme preparado ahora.

—Hada ha dicho que vuelva usted a su casa —advirtió Sam Reynolds—, pero yo le prohíbo desde este momento que habite bajo el mismo techo que ella. Búsquese un hotel por aquí, si es que quieren admitirle en alguno, y no vuelva a posar en Hada sus cochinos ojos.

—¡Sam! —reconvino ella—. No debes…

—Es un buen chico —sonrió Jim—. Un excelente muchacho. Déjalo, Hada. Precisamente tengo un interés especial en no volver a tu casa.

—Pero ¿por qué? ¿Qué te ocurre ahora?

—Coleman me hará cazar por sus hombres. Y no será muy agradable para ninguno de vosotros que eso suceda mientras yo esté en vuestra casa. De modo que, en efecto, voy a buscarme un hotel.

—Para mi padre será esto un golpe rudo. No puedes imaginarse lo que sufrirá cuando se entere de lo ocurrido.

—Bueno, de todos modos él ya sabe que esta vida es un asco —sonrió Jim—. Que se consuele pensando en la otra. Buenas noches, amigos.

Dio media vuelta y se alejó poco a poco en dirección al fondo de la calle. No quería pensar en nada, absolutamente en nada. Aunque sabía que Hada y Sam Reynolds le estaban mirando, trató de olvidarlos al instante. Eso, desde luego, no era fácil. Cuando llegó a un hotel situado al fondo de la calle, aún tenía grabada en la memoria, nítidamente, la última mirada de la muchacha. Pero se encogió de hombros, tratando de olvidarla, y entró en el edificio. Pidió una habitación para cinco días.

—¿Ya está seguro de vivir tanto tiempo, señor Karter?

—¿Por qué lo pregunta?

—Estaba en el *saloon* hace un momento y lo he visto todo. Pago adelantado, señor Karter… por si se marcha sin acordarse.

—Está usted en todo, amigo. Aquí tiene cinco dólares por los cinco días. Y dos más para una corona. Póngamela usted mismo

sobre el ataúd, ya que tiene cara de chico servicial.

—Lo haré con mucho gusto, señor Karter. Es costumbre de la casa atender siempre los deseos de sus clientes.

Jim subió a su habitación y se tumbó en la cama, cerrando al instante los ojos. Estaba tan fatigado y sentía tantos deseos de no pensar en nada que agradeció la inmediata llegada del sueño. Pero cuando creía llevar tan sólo unos cinco minutos descansando, alguien le zarandeó suavemente. Jim se despertó de repente, maldiciendo por lo bajo no tener un revólver y haberse dejado caer con tanta facilidad en la trampa. Estaba seguro de que eran los hombres de Coleman. Pero se equivocaba; el que se había sentado en el borde del lecho y seguía apretándole suavemente el hombro era el pastor Jekyll, el padre de Hada. Jim, todavía no completamente despabilado, abrió unos ojos como platos al verle allí.

—¿Tú, tío Jonathan? ¿Cómo diablos te han dejado entrar?

—No veo razón para que mientes al diablo, hijo mío. Me han dejado entrar porque yo soy bien recibido en todas partes y porque todo el mundo confía en mí. Me ha bastado indicarle al conserje que tenía necesidad de verte.

—De acuerdo. Pero ¿para qué quieres verme?

—Hada me lo ha contado todo.

—¡Oh, Hada! —Gruñó Jim, sin aparentar demasiado entusiasmo.

—Hace dos horas que llegó a casa. Tú llevas descansando unas tres horas aproximadamente. Me ha contado todo lo ocurrido en el *saloon* y me ha dicho, además, que has desafiado a Coleman. Eso, hijo mío, significa guerra. Significa destrucción y muerte.

—Claro que sí. ¿O es que esperabas otra cosa al darme alojamiento en tu casa?

—Sí, Jim, esperaba otra cosa, francamente. Cuando dejaste los revólveres en mis manos sentí esperanzas creyendo que ibas a cambiar. Muerto tu padre, yo me considero responsable de lo que pueda sucederte. Pero veo que, por desgracia, ni siquiera te hacen falta los revólveres para matar a un hombre.

Jim resolvió ser brusco. Sabía por dónde iba aquel hombre. Y le convenía desengañarlo, alejarle de allí cuanto antes.

—Basta de monsergas, amigo. ¿Qué diablos quieres?

—Que no te alojes aquí. Debes venir a casa.

—¿Sí? ¡Qué gracia!

—Puedo obligarte a ello, Jim.

—No me hagas reír. Me duele la cintura.

Las facciones del pastor se ensombrecieron.

—Te estás portando como un desalmado, Jim. Leo en tus ojos que tu único dios es el gatillo, y que tienes alma de pistolero. Pero a pesar de todo yo no he desesperado de convertirte en un hombre sensato y pacífico, para lo cual necesito que vivas en el ambiente honesto de mi casa y no en el de estos hoteluchos donde sólo habita el demonio. Y como estoy decidido a que me acompañes, te prometo que de no hacerlo expulsaré a Seila, la muchacha con quien te encontré.

—Hacerlo así sería una injusticia. Acaba de huir de la horca y cualquiera puede capturarla. Ella no es capaz de defenderse como yo. Arrojarla de tu casa equivale a una condena a muerte.

—Puedes protegerla tú… —sugirió el pastor, mirándole fijamente a los ojos.

—¿Yo? ¿Acaso no sabes ya que tengo detrás a todos los hombres de Coleman?

—Ésa no es cuestión mía. Si prefieres enfrentarte a ellos antes que residir tranquilamente en mi casa, adonde nadie irá a buscarte, allá tú. Pero yo no tengo ninguna obligación de exponerme a la murmuración de la gente manteniendo en casa a una mujer como Seila.

Jim Karter se llevó una mano a la barbilla, reflexionando. Sabía que el pastor le importaba un comino las murmuraciones de la gente, y que lo de Seila no era más que una amenaza para obligarle a seguirle. Pero lo malo era que el viejo parecía dispuesto a cumplirla, pues rara vez hablaba en vano. La situación era fastidiosa y hasta un poco ridícula, pero no tenía más remedio que afrontarla. De todos modos aún opuso una objeción:

—Dices que los hombres de Coleman no irán a buscarme a tu casa. Estás en un error. Y si no quiero estar allí, es precisamente por eso.

—Hasta ahora todo el mundo ha respetado mi casa —murmuró el pastor—. Y, en fin, lo que pueda ocurrirme no me importa. Ahora eres tú quien debe elegir: O vienes conmigo o Seila no tardará en hacerte compañía.

Jim se acarició la nuca, con ademán resignado.

—Bueno, voy. Y no charles más. Me das dolor de cabeza.

* * *

La primera en verle, a la mañana siguiente, fue Hada.

Jim se había lavado junto al pozo, y estaba procediendo ya a peinarse cuando la muchacha se acercó a él por la espalda.

—Ya me he enterado de que mi padre te convenció. Y sé también que para hacerlo tuvo que emplear como argumento a esa mujer. Te derretiste apenas te dijo que podía ocurrirle algún mal a ella.

Jim se volvió. Había una especie de ira en los ojos de Hada. Una ira que no se comprendía muy bien, que no era posible definir, pero que estaba en sus ojos y le miraba a través de ellos. De repente se dio cuenta de que en Hada latía un corazón apasionado, vehemente, dotado de un extraño poder que martirizaba a su propia dueña. En Hada ardía una llama, había algo que estaba vibrando, que se tensaba como una cuerda de violín cuando va a lanzar la más desgarrada de sus notas. Había tanta fuerza en los ojos de la mujer que Jim Karter tuvo que desviar la dirección de su mirada.

—Tú estás enterada siempre de todas las cosas que no te convienen —gruñó.

—¿Tan enamorado estás de esa mujer? —Silbó Hada, acercándose un poco más—. ¿Tanto tiemblas al pensar en lo que puede ocurrirle?

Jim iba a contestar algo, pero no pudo hacerlo. En ese momento apareció Seila. Lucía uno de los ceñidos vestidos de Hada, y venía caminando un poco indolentemente, balanceando las caderas, mientras los miraba a los dos. Todo en ella daba tal sensación de juventud, de hermosura, de pasión a punto de saltar, que Jim resolvió dominarse mirando hacia otro sitio. La muchacha se acercó haciendo más provocativos sus movimientos ante la mirada un poco seca y lejana de Hada.

—¿Estabas hablándole a Jim de mí, preciosa?

—Sí, estaba hablando de ti, precisamente.

—Por lo que veo en tu cara te disgusta que yo esté en vuestra casa. Temes que pueda arrebatarte a Jim, ¿no?

Hada rechinó los dientes, mientras sus facciones sufrían una

crispación.

—Cuando uno no sabe lo que está diciendo, lo mejor que puede hacer es callar, Seila.

—¡Pues yo no me callaré porque me lo ordene un mosquito tímido como tú! ¡Un mosquito tímido que, sin embargo, tiene su aguijón bien listo y bien emponzoñado!

Hada, a pesar de su puritana educación, adelantó un paso, incapaz ya de contenerse, pero en ese momento Jim cortó la discusión con unas palabras bien sencillas:

—¿Recuerdas que anoche hablé con Coleman de una mujer y una tumba, Hada?

—Sí… Sí, claro… —balbució ella.

—Pues bien, voy a ver a la mujer. Buenos días, amigas.

Y, dando media vuelta, se alejó en busca de un caballo, dejando a las dos mujeres boquiabiertas y sin capacidad para decir una palabra más.

* * *

Aun cuando el pastor Jekyll no le hubiera invitado a ir a Clemens, Jim habría visitado de todos modos la ciudad. Porque ésta era una de las pocas comarcas que tenía hospital, y en ese hospital se encontraba una mujer a la que deseaba ver cuanto antes.

El joven no fue hacia allí directamente, sino dando un rodeo. Tenía muy poco interés en ser visto. Afortunadamente, por la mañana todos los hombres de Coleman debían descansar después de sus correrías nocturnas y llegó al pequeño hospital con la casi absoluta seguridad de no haber llamado la atención a nadie. Una vez allí se presentó al médico encargado del establecimiento.

—Quisiera ver a la señorita Lamen.

—¿La señorita Lauren? ¡Hum! De las seis enfermas que tengo aquí es la que más preocupaciones me ha dado. ¿Acaso es usted un familiar suyo?

—¡Oh, no! Soy la persona que la envió aquí con una carta y algún dinero rogando la admitieran. No hay otro hospital mejor montado en cien millas a la redonda. Y, la verdad, ella necesita estar bien atendida.

—¡Que si lo necesitaba! ¡Diablo! ¿Me creerá si le digo que jamás había visto una cosa así? Le he tenido que practicar ya dos

operaciones y sigue entre la vida y la muerte. El hombre que le hizo eso, sea quien sea, merece que lo abrasen.

Jim Karter palpó sus costados vacíos, sin revólveres. Pero una sonrisa seca, despiadada, apareció en sus labios.

—Lo abrasaré. Y él lo sabe. Sabe que le enviaré plomo candente para que se le clave entre los ojos.

Había en la voz de Jim algo que daba frío. El médico se estremeció en contra de su voluntad.

—Oiga, ¿quién demonios es usted? ¿Cómo se llama?

—Me llamo Jim Karter. Pero le conviene no decir a nadie que me ha visto aquí. Si se va de la lengua y algo le ocurre a esa mujer por su culpa, haga testamento.

—¿Ocurre algo a esa mujer? Bueno, más de lo que le ha ocurrido ya… Pase. Venga conmigo.

Jim le siguió hasta una gran sala donde había seis camas, todas ocupadas por mujeres. Más allá se veía la puerta de otra que debía estar ocupada por hombres. Cristales opacos las separaban rigurosamente. La primera de las camas que vio Jim estaba aislada de las otras por un biombo y en ella había una mujer tendida de bruces. Parecía dormir.

—Ahí la tiene. Está bajo los efectos de un anestésico que le he aplicado para calmar sus dolores. La pobre no puede tenderse de espaldas ni un solo momento, porque las tiene deshechas a latigazos. Más de sesenta he llegado a contar. Y tenía dos costillas hundidas.

Jim tragó saliva, porque tenía la garganta seca. Sus ojos se hicieron pequeños, como los de un tigre cuando se dispone a saltar.

—Cuando la recogí la habían dejado por muerta —musitó—. Su corazón sólo latía de un modo imperceptible. La curé como mejor supe y la envié aquí en un carro de paja con uno de mis amigos. Con el mejor de mis amigos, mi propio padre… He llegado a temer que no volvería a verla con vida.

Se acercó un poco a ella. Pese a su extrema palidez, la muchacha —pues no tenía más allá de veinte años— seguía pareciendo extraordinariamente hermosa. Sus dulces cabellos rubios, recogidos sobre la nuca, sus labios bien formados, la fina línea de su cuello, todo lo que podía verse de ella indicaba una perfección que no todas las mujeres poseían… Jim se la quedó mirando atentamente y

en silencio, durante varios minutos, hasta que el médico carraspeó ligeramente.

—Si despierta, ¿puedo decirle que ha venido usted?

—Sí, por favor, hágalo; es necesario que no se sienta tan sola. Y ahora, adiós.

El médico le acompañó hasta la puerta.

—¿Puedo saber a dónde va usted ahora, señor Karter?

—A ver a un hombre llamado Comet. Tiene mucha fuerza, ¿sabe? Es un hombre capaz de propinar cincuenta latigazos, o sesenta, sin descansar una sola vez.

Y salió del hospital.

CAPÍTULO VIII

CON SU PROPIA ARMA

El *saloon* estaba sumido en penumbra. Todas las ventanas correspondientes a aquel lado se hallaban cerradas, para que así destacaran más las temblorosas llamas de las velas. Esas velas eran cuatro, y se hallaban sostenidas por un aparato metálico muy semejante a los empleados en los templos. Tres hombres se hallaban frente a ellas, uno, el más alto empuñaba un látigo.

Era un hombre que frisaría en los treinta años. Tenía los cabellos negros y usaba largas patillas. Sus ojos eran grises, pequeños, y sus brazos largos y velludos. Todo él daba sensación de fuerza y flexibilidad, como una caña de bambú. Empuñaba el látigo con tal seguridad que éste parecía una prolongación de su mano derecha.

—¿Te crees capaz, Comet? Nadie acierta tres veces seguidas. El pulso no afina cuando hay algo de cansancio.

—¿Cansancio? No sé aún lo que es eso. Nací empuñando el látigo, y empuñando el látigo, y empuñándolo moriré. ¡Mirad!

Tendió el brazo, contuvo la respiración y el látigo se agitó como la cola de una serpiente. La primera llama fue segada. Una exclamación de asombro partió de las gargantas de sus compañeros.

—¡Bravo! ¡Ahora la otra!

—¡Claro que sí! ¡Comet no falla nunca! ¡Atención!

Movió el látigo otra vez. La segunda llamita fue segada como por encanto. Dos más y Comet habría apagado tres veces el juego completo, o sea doce velas. No había en todo Utah quien pudiera hacer algo semejante. Los ojos de los hombres brillaron.

—¡Maravilloso!

—¡Soberbio!

—Repugnante —dijo entonces una voz.

Era una voz tan clara y metálica, que todos sintieron un estremecimiento. Se volvieron poco a poco, con asombro, mirando más allá de la penumbra. Un hombre estaba indolentemente apoyado en una de las columnas, mirando el espectáculo con expresión desdeñosa. Era un hombre alto, joven, extraordinariamente fuerte y… cosa increíble, no llevaba revólveres.

—¿Quién eres? —Silbó Comet—. ¿Cómo te atreves a menospreciarme de ese modo? ¿Es que acaso quieres tú también probar el látigo?

Jim sonrió con cansancio, como si la actitud de Comet le empezase a parecer infantil y ridícula. Pero en sus ojos había un brillo acerado, maléfico como el de una hoja cuando va a penetrar en la carne.

—Otros lo han probado ya, ¿no, Comet?

—Docenas de hombres. Y no todos están vivos.

—Yo diría más bien docenas de mujeres, Comet.

El del látigo encajó bien las mandíbulas. No le gustaba aquello. Aunque sabía que pronto, en cuanto se decidiese a dar el primer latigazo, empezaría a gustarle.

—¿Cómo te llamas? —Silbó.

—Algunos me llaman Jim Karter. Otros, *Estrella Negra*.

El látigo describió un círculo.

—Dentro de unos instantes nadie te llamará de ningún modo. Nadie te reconocerá tampoco. Sé hacer los trabajos muy bien. Y sé «arreglar» una cara.

Jim sonrió con insolencia. Su actitud era sencillamente incomprensible, porque no llevaba ningún arma.

—Empieza, nene, o me voy a quedar dormido.

Los dientes de Comet produjeron un chasquido de rabia y se lanzó a la carga. Su látigo trazó dos molinetes para cortar la retirada de Jim. Pero éste no parecía tener la menor intención de retirarse. Precisamente estaba apoyado en la columna por algo, no por casualidad.

El látigo rebotó contra esa columna, mientras Jim daba un solo paso hacia atrás. Comet lanzó una maldición. Otro golpe, y el látigo

se enrolló sobre la columna, sin que Jim sufriera el menor rasguño. Comet empezó a sudar.

—Ya comprendo —sonrió Jim—. Necesitas que tus víctimas estén atadas.

—¡No bravuconees, maldito! ¡De todos modos te arrancaré la piel!

—¿Como a Lauren, aquella pobre muchacha?

—¡Ah! ¿De modo que eras amigo suyo? Entonces te agradará morir como ella.

—No ha muerto, Comet. Tus habilidades con el látigo son cada vez más ridículas.

—¡Voy a demostrarle lo contrario!

Cautamente empezó a dar la vuelta a la columna, describiendo un suave zigzag con el látigo. Pero Jim la rodeó en sentido contrario. Siempre la columna quedaba entre los dos. Los compañeros de Comet empezaron a impacientarse.

—¡Éste es el juego del gato y el ratón!

—¡Hay que sacarlo de ahí!

Los dos truhanes empuñaron sus revólveres, y empezaron a tirar de ellos a los pies de Jim Karter. Lo hicieron con tal habilidad que le comieron materialmente el terreno, mordiendo el cuero de sus botas.

Jim comprendió que iban a deshacerle los pies y no tuvo más remedio que saltar hacia atrás. Quedó fuera de la protección de la columna. Comet blandió el látigo lanzando un alarido.

El primer golpe tuvo por finalidad rodear la cintura de Jim, pero éste se arrojó al suelo con la velocidad de un felino, y el látigo silbó sobre su cabeza, yendo a estrellarse contra la barra del *saloon*. Al oír los disparos habían penetrado otros espectadores, y ahora había casi veinte pares de ojos pendientes de la fantástica pelea. Una voz gritó:

—¡Cuidado, Comet! ¡Ese hombre mató a Glompos con su propio cuchillo!

—¡Y a él lo mataré con su propio látigo! —rugió Jim—. ¡Con su propio látigo…!

Comet hizo un molinete y logró apresar una de las piernas de Jim, tirando de ella. Pese a su fuerza, el joven no pudo evitar una espectacular caída, que fue coreada por los alaridos de los espectadores. Comet levantó el látigo para propinar un golpe de

arriba abajo, que había de comenzar la destrucción de Jim. Después de aquel golpe, el joven ya no tendría fuerzas para reaccionar.

Silbó el cuero. Y fue a estrellarse inútilmente contra el suelo de tablas, porque Jim había dado dos agilísimas vueltas sobre sí mismo y no ocupaba ya el mismo lugar. Comet lanzó una desesperada maldición. Aún no había logrado asestar un solo golpe.

Jim se puso en pie de un salto, y ahora se lanzó él al ataque, antes de que su enemigo lograra reaccionar. Cuando Comet dejaba caer el látigo de nuevo, dos garfios aferraron su muñeca. Lanzó un bramido, mientras con la otra mano trataba de sacar su revólver, pero Jim había previsto ya que lo haría, dada la gran «nobleza» de su adversario, y en consecuencia había levantado una pierna para cubrirle con la rodilla la funda de aquel costado. Estaba así en un difícil equilibrio, pero si él caía caería también Comet. Efectivamente, sucedió de ese modo. Los dos rodaron por el suelo, aferrando Jim todavía la muñeca derecha de su enemigo. La torció poco a poco, sabiamente, amenazando con rompérsela. Comet lanzaba bramidos de dolor. Sus dedos se agarrotaron y tuvo que soltar el látigo. Jim le dejó libre entonces, bruscamente, recogiendo el arma. Y antes de que pudiera reaccionar Comet, él ya se había puesto en pie.

Las tornas habían cambiado, si bien no del todo. Aunque Jim tenía ahora el látigo, en las fundas de Comet había dos revólveres.

La punta del látigo fue secamente hacia la funda derecha, y allí se tensó tras enroscarse a la culata del revólver. Éste salió despedido por los aires, entre un aullido de asombro de los espectadores. Comet trató entonces de sacar el otro, pero ya el látigo se había movido nuevamente. La cinta de cuero le golpeó salvajemente los dedos, agarrotándoselos. La sangre brotó de ellos mientras se encogían dolorosamente. Y entonces Jim hizo girar el látigo dos veces por encima de su cabeza.

—¡Debería matarte poco a poco, Comet, pero hasta el más miserable de los hombres merece una muerte rápida! ¡Y la tuya lo será, por todos los diablos!

El látigo se enroscó como una serpiente al cuello de Comet. Éste lanzó un alarido infrahumano, porque sabía lo que iba a suceder. Y, en efecto, sucedió lo que temía pero con una rapidez increíble. Jim Karter tiró del látigo, y las espirales de éste se ciñeron más al cuello

de Comet, mientras de los labios del forajido brotaba un estertor. Un instante después había caído al suelo, con las facciones congestionadas, muerto. Su fin había sido muy semejante al que hubiese tenido caso de ir a la horca.

Jim arrojó el látigo junto al cadáver. Parecía como si el arma le pesase en las manos ahora. Miró los rostros mortalmente pálidos que le rodeaban y comprendió que tenía que aprovechar el instante para salir, antes de que reaccionasen los amigos de Comet.

Comenzó a andar de espaldas, poco a poco. Pero aún no había llegado a la mitad de su camino hacia la puerta, cuando una cosa metálica y fría se le clavó en la espalda.

—Quieto, amigo.

Levantó un poco los brazos. Había reconocido la voz de Coleman.

—¿No le ha gustado el espectáculo? ¿Quiere que lo repita?

—Tengo una idea mejor. —La voz de Coleman reflejaba una rabia devoradora, sorda—. Por lo pronto, me acompañarás a un lugar donde podremos charlar tranquilamente todo el tiempo que haga falta.

—Ignoraba que tuviera usted incluso una sala de torturas, Coleman. ¡Qué vida tan interesante debe ser la suya!

—¡Basta de palabrería! Empieza a caminar poco a poco hacia tu derecha. ¡Y recuerda que no me ha de costar demasiado trabajo apretar un gatillo!

—Por la espalda, no. Claro que no.

Rechinaron los dientes de Coleman, cegado por la ira. Fue a levantar el revólver para propinar un culatazo a Jim, y ése fue el momento que el joven aprovechó. Pensamiento y puesta en práctica fueron simultáneos. Se echó hacia adelante, mientras daba media vuelta, y cuando la culata del revólver de Coleman descendió, sólo encontró el vacío. Jim estaba ahora frente a él, dispuesto a actuar. Y actuó. Su pierna derecha fue hacia la mano con que Coleman empuñaba el arma, y el seco punterazo hizo lanzar un gemido de dolor al cacique, al amo de Utah. El revólver volteó en el aire, y Jim lo cazó al vuelo. Pero demasiado sabía que por el momento no iba a poder emplearlo contra Coleman, habiendo otros enemigos más peligrosos.

Su primer disparo fue para un hombre que estaba a espaldas del

cacique, empuñando ya sus armas. La bala le atravesó la cabeza. Jim giró rápidamente sobre sus talones e hizo fuego dos veces, con velocidad alucinante, contra los que habían sido amigos de Comet. Los dos, que ya habían desenfundado, cayeron de igual modo hacia adelante, y con idénticas heridas a la altura del corazón.

Jim cayó rodilla en tierra y desde allí imprimió un velocísimo movimiento de abanico a su revólver. Dos pistoleros de Coleman que ya tenían sus armas desenfundadas, las dejaron caer secamente de nuevo, al interior de las pistoleras. El asombro les había dejado las bocas abiertas. No supieron volver a cerrarlas.

—Tú y yo tenemos una cuenta pendiente, Coleman —recordó Jim arrastrando las sílabas—. ¡Y vamos a cancelarla ahora mismo! ¡Dad a ese hombre un revólver!

Los labios de Coleman temblaron. Jim tenía los ojos fijos en él, unos ojos inmóviles y escrutadores, que eran como los ojos de la muerte. Ambos sabían que aquello significaba el fin para uno de los dos. Pero en aquel momento alguien entró en el *saloon*, seguramente sin saber lo que iba a encontrar dentro. Aquel alguien era un tipo a quien Jim conocía bien. ¡Skelt! ¡El que capitaneaba el grupo que hizo ahorcar a su padre!

Coleman vio en seguida que la dirección de los ojos de su enemigo se había desviado. Rápidamente, sabiendo que se lo jugaba todo, se dejó caer al suelo. Los dos pistoleros que estaban tras él volvieron a desenfundar las armas. Skelt, dándose cuenta de la situación, hizo lo mismo.

Jim tenía ahora tres enemigos enfrente y sólo le quedaban tres balas. Si fallaba un solo disparo podía considerarse muerto. Por eso se encogió, con las facciones crispadas por una mueca de fanática decisión, y apretó el gatillo tres veces. Parecía increíble que hubiese tenido ni siquiera tiempo de apuntar. Pero sus tres balas fueron al cráneo de tres hombres, el último de los cuales fue Skelt. Éste se llevó ambas manos a la cabeza, aullando, y quedó doblado sobre una mesa. Coleman, de un agilísimo salto, se encaramó a la barra pasando al otro lado de ésta. Allí había una puerta que daba al exterior, pero estaba siempre cerrada. Empezó a golpearla frenéticamente, aullando como un animal herido, mientras Jim levantaba poco a poco el revólver de uno de los caídos.

—¡Abran! ¡Abran! ¡Necesito salir…!

La voz de Coleman era histérica, pero nadie se movió para ayudarle. Nadie de los que estaban dentro, mejor dicho. Porque en aquel instante alguien, desde fuera, abrió.

Coleman se lanzó por el hueco como un perro perseguido. Jim Karter tuvo un instante de indecisión, y eso le impidió cazar a su enemigo. Cuando saltó la barra a su vez y salió al exterior, el fugitivo ya había logrado dar la vuelta al *saloon* y montar sobre su caballo. Esta rapidez fue una sorpresa para Jim.

Pero la sorpresa mayor aún estaba por llegar.

Porque el hombre a quien vio Jim detrás de la puerta, el único que podía haberla abierto, salvando así a Coleman, era el pastor Jekyll.

CAPÍTULO IX

EL CERCO

Las cuatro personas cenaban silenciosamente, sin mirarse, produciendo tan sólo el suave tintineo de sus cucharillas. La luz de petróleo de la gran lámpara alumbraba claramente sus rostros. Hada estaba algo pálida y tenía los labios apretados, como si la dominara algún secreto furor. Seila comía con buen apetito, sin prestar demasiada atención a nadie. Y en cuando a Jim y el pastor Jekyll, apenas habían probado bocado aún.

—Veo que empezáis a ser amigos —dijo Seila de repente, mirando a los dos hombres—. Este mediodía habéis regresado juntos.

—Sí, en efecto. El pastor y yo nos encontramos junto a una puerta que él acababa de abrir —dijo Jim, mirando hacia un rincón impreciso de la estancia—. Por eso hemos venido juntos. Ha sido un encuentro muy curioso.

—Curiosísimo —asintió el pastor, evitando también mirarle.

—Ya tendremos tiempo para hablar de eso, supongo —murmuró Karter—. La verdad es que me gustaría charlar un rato contigo.

—No tengo nada que decirte —replicó el pastor tercamente, apretando los puños sobre la mesa—. ¿Me entiendes, Jim? No voy a darte ninguna explicación.

El joven arqueó ligeramente las cejas. De modo que ésa seguía siendo la actitud del pastor. Por la mañana, tras el encuentro, él había esperado que le diese alguna explicación, pero Jekyll no lo había hecho así. Realmente, daba la sensación de que no podía explicar aquello de ningún modo y adoptaba la táctica del silencio,

como los culpables. Eso irritó a Jim. Siempre se había hablado de que Coleman tenía poderosos cómplices, gentes que le ayudaban en los trances difíciles y que, gracias a él, ocupaban cargos importantes en la población. ¿Sería el pastor uno de ellos? ¿Por qué había sido respetada su casa hasta entonces? ¿Por qué le obligó a dejar los revólveres en ella? ¿Y por qué había tenido tanto interés en que siguiese residiendo allí? ¿No era ése, al fin, un buen procedimiento para tenerlo vigilado?

Estos pensamientos surcaban como pájaros negros la mente de Jim Karter, impidiéndole darse cuenta de nada más. La perplejidad en que estaba sumido le causaba un dolor sordo y profundo, que además no podía confesar a nadie. Pero lo cierto era que no tenía más remedio que sospechar del pastor Jekyll. En aquella siniestra partida donde a cada jugada se decidía la vida o la muerte, él era una de las figuras más sombrías y difíciles de comprender. Tendría que permanecer siempre alerta; quizá la muerte le estuviese mirando ahora a través de aquellos ojos.

—¿Qué te ocurre, Jim? Apenas te he oído la voz durante la cena. Parece como si te sintieras alejado de nosotros.

Era Hada la que había hablado. El joven la miró.

—Estaba pensando, eso es todo. Ocurren en Jamesville cosas muy sorprendentes.

—¿Sorprendentes? ¿Qué quieres decir? ¿Es que ha habido algo de particular en tu encuentro con mi padre, esta mañana?

—No, en absoluto.

El pastor se puso en pie.

—Debemos retirarnos a descansar. La noche no ha sido hecha para hablar en torno a una mesa de cosas que no tienen importancia. Mañana será otro día.

Jim se levantó, y las dos mujeres le imitaron.

—Buenas noches —dijo bruscamente el pastor, volviendo la espalda y dirigiéndose a la escalera que conducía al piso superior.

—¿Qué os ha ocurrido? —musitó Hada, acercándose a Jim—. ¿Qué hay entre vosotros dos?

—Ya he dicho que nada. Y no me hagas hablar más de este asunto. Buenas noches.

Salió de allí, dirigiéndose a la cuadra. Su intención era volver a Jamesville, y por eso eligió un buen caballo. Lo estaba ensillando

cuando oyó un ruido a su espalda. Era Seila.

—¿Qué quieres?

La muchacha estaba apoyada en una de las paredes de madera, junto al farol de petróleo. Respiraba con agitación, y su pecho subía y bajaba de una forma descompasada, pero que era misteriosamente incitante. Su juventud poderosa, exuberante, se presentó ante Jim de una forma que éste no había visto nunca. Los labios de la mujer entreabiertos, parecían pedir algo con afán, con ansia.

—¿Qué quieres? —repitió él, tratando de dar a su rostro una expresión ausente.

—Me salvaste la vida y aún no hemos tenido ocasión de hablar un momento a solas, Jim. Parece como si huyeras de mí, como si me temieses.

—Huyo de todo el mundo; y temo a todo el mundo también, si he de decirte la verdad.

La mujer se acercó un poco. La luz de petróleo dibujó sombras en su busto. Hizo más visibles sus labios entreabiertos, y permitió que se vieran aquellas llamitas que ardían en el fondo de sus ojos.

—Vámonos de esta casa, Jim.

—¿Irnos? ¿Por qué?

—Hay algo que no me gusta. No me gusta Hada, esa muchacha tan quieta y tan rígida. No me gusta su padre. Parece como si ocultase algún misterio.

—Tú sabes algo, Seila.

—Bueno, tal vez… —La muchacha vaciló—. Te diré la verdad: Esta mañana el pastor tenía una serie de documentos sobre la mesa. Los ha recogido para marcharse y en ese momento se le ha caído uno al suelo. Yo me he inclinado para entregárselo, y al hacerlo he visto que se trataba de una certificación parroquial. Y sólo he acertado a leer la firma. Y esa firma era: Coleman.

Jim cerró un momento los ojos. Todo empezaba a concordar en aquel trágico rompecabezas, una de cuyas piezas fundamentales era el pastor Jekyll. Él había ayudado intencionadamente por la mañana a Coleman, salvándole la vida. Y tenía además un documento firmado por éste. Demasiados detalles para que todo fuese una casualidad. Estos documentos, sin embargo, no le causaban la menor alegría. Por el contrario, su corazón se encogía al pensar en aquella mañana sangrienta.

—Vámonos, Jim.

La mujer estaba junto a él, pegada a su pecho. Recibía su respiración en la barbilla, en los labios. El silencio que los envolvía parecía estar lleno de la presencia de la mujer, parecía hablarle de la mujer, enviarle el hálito de pasión en que la mujer estaba envuelta. Era como un maleficio.

—No puedo marcharme de Jamesville mientras no haya resuelto un par de cosas, Seila. Éste es el cuartel general de Coleman: Aquí tiene a sus pistoleros, a su gente. Es en Jamesville donde hay que darle el golpe de gracia.

—Pero él te matará, Jim. ¡Eres un hombre solo!

—Todo el mundo está solo, en realidad —sonrió él—, cuando le llega la hora de la muerte.

—Pero, Jim, yo…

Los labios despedían calor, pasión, invitaban al beso. Jim Karter dio media vuelta, trató de no verlos. Nada de amor. Mientras todo continuase así, mientras en aquella misma ciudad estuviese una mujer que había sido destrozada a latigazos, su única amada debía ser la muerte.

—Voy a Jamesville, muchacha. Enciérrate en tu habitación y no te preocupes de nada más. Si todo sale bien, nos iremos de aquí muy pronto.

Se iluminaron las facciones de la mujer.

—¿Nos iremos? ¡Oh, Jim, desde que me escapé de mi casa, siendo una niña, jamás había amado a un hombre, jamás había sentido…!

—Para el rollo, muchacha. Hiciste mal en huir de tu casa. Mucho mejor estarías ahora en ella.

—¡Pero, Jim…!

La mujer se abrazó a su espalda, se lanzó materialmente sobre él haciendo oscilar la lámpara de petróleo. Sus manos se unieron en el pecho del hombre.

—¡Te quiero, Jim! ¡Te quiero…!

Él se volvió poco a poco. Era extraño, pero sus ojos no reflejaron pasión, sino una oculta pena. Miró a Seila como si fuese a despedirse de ella, como si nunca más hubiera de volverla a ver. Seila, una muchacha sin hogar, sin amistades, que no tenía a nadie, confiaba en él. Y él sólo podía confiar en la muerte.

—Adiós, muchacha —dijo sencillamente.

Dio otra vez media vuelta y salió llevando de la brida al caballo que antes ensillara. En el momento de cerrar la puerta oyó un sollozo sordo, incontenible, que brotaba de la garganta de Seila.

El camino hacia Jamesville estaba oscuro. Jim hizo un movimiento maquinal al llevarse las manos a la cintura, pero recordó de improviso que no llevaba sus revólveres. Absurdamente, seguía fiel a la promesa hecha al pastor. Iba a subir al caballo cuando muy cerca de él oyó una voz:

—Pareces sentir un gran interés por estar alejado de nosotros todo el tiempo posible, Jim.

Miró, escrutando en la penumbra. Una mancha blanca destacaba de entre ésta, a su derecha. Esa mancha tenía formas de mujer, tenía un busto bien modelado unas caderas poderosas.

—Buenas noches, Hada.

Ella se acercó un poco más. Sus ojos enigmáticos, sus labios donde parecía contenerse una promesa, rozaron casi los ojos y los labios del hombre.

—He visto que salías de la cuadra. Y hace un momento Seila ha entrado allí. ¿Qué ha hecho? ¿Declararse?

—¿Qué te importa a ti eso, Hada?

Jim notó que un estremecimiento recorría los hombros de la mujer.

—¡Bah! Nada. Todas las mujeres preguntamos tonterías. Perdóname. Sois muy libres de hablar de lo que os venga en gana.

No obstante estas razonables palabras, latía una sorda pasión en la voz de la mujer. Una pasión que parecía un poco desgarrada, cargada de dolor. Jim pensó que también esto era como un maleficio. Que también la presencia de aquella mujer llenaba la noche entera.

—Hemos estado hablando de cosas indiferentes —declaró, siguiendo un extraño impulso—. Y ahora me voy a Jamesville, Hada. Tengo allí algunos asuntos que resolver aún.

—¿Qué clase de asuntos? —musitó ella—. ¿Acaso los que se refieren a esa otra mujer de la que nos has hablado esta mañana?

—Tal vez.

Montó a caballo, deseoso de terminar cuanto antes aquella conversación. Pero Hada sujetó al animal por el bocado,

impidiéndole caminar.

—Yo también voy a la ciudad, Jim.

—¿Tú? ¿A qué?

—Sam me ha pedido que lo hiciera. Necesita verme.

—¿Y no puede venir a buscarte? ¿No puede verte aquí?

La muchacha movió la cabeza con desaliento.

—Quiere saber si me atrevo a volver a bajar a Jamesville. Quiere saber qué es más fuerte, si mi cariño o mi miedo.

—Y yo quiero saber qué es más fuerte, si mis puños o su cara.

—¡Jim!

—¿Qué vas a decirme? ¿Que soy el mismo de siempre? ¿Qué acabaré un día con la cabeza rellena de plomo? ¿Que mi única amada es la muerte? Todo esto lo sé, Hada, y no es necesario que muevas tus bien educados labios para decírmelo. Bajaré a Jamesville en tu lugar y sostendré una amistosa conversación con Sam Reynolds.

—¡Escúchame, Jim…!

Como él empezaba a hostigar ya a su caballo, sin hacerle caso, la muchacha, con una agilidad que él no esperaba, saltó a la grupa del animal y se abrazó a las espaldas del hombre. Éste sintió un estremecimiento. Un estremecimiento que no había sentido cuando le abrazó Seila, que probablemente no sentiría ante ninguna otra mujer.

No podía ya obligarla a bajar, puesto que corría el peligro de lastimarla al estar los dos sobre el caballo. Lanzó al fin un indiferente «allá tú» y descendió al trote suave por el camino que llevaba a Jamesville. Mientras éste duró, la muchacha no dejó de ceñirse a él, y Jim no dejó de percibir su cálido aliento ni aquella presencia femenina que le erizaba la piel. Deseó que llegasen a la ciudad porque cada vez se sentía más débil, más vencido. Y porque aquélla era una mujer prohibida por muchos motivos, principalmente mientras se mantuvieran en pie las sospechas contra su padre.

Llegaron a la entrada de la ciudad.

—¿Dónde te espera el señor Sam Reynolds?

—En ninguna parte —musitó ella.

—¿Cómo?

—Sí, en ninguna parte. ¿Es que no lo comprendes?

Jim no se atrevía a comprender.

—Quería acompañarte —confesó ella con energía, dejando que la pasión escapara por sus ojos, dejando que los labios hablaran según los impulsos del corazón—. Quería estar junto a ti esta noche, sentirte muy cerca, ser la única mujer. ¡Tú nunca me comprenderás, Jim Karter, ni quiero que me comprendas! ¡Pero esta noche necesitaba hacer lo que he hecho! ¡Necesitaba vivir algo que no viviré nunca más! ¡Que pertenecerá a mi pasado, y además a mi pasado secreto! Simplemente unos minutos, de noche, cabalgando junto a un hombre… ¡y sin embargo, cuántas cosas puede significar esto! ¡Por cuántas noches de dolor puede valer ésta, que no se volverá a repetir ya nunca…!

La muchacha saltó del caballo. Miraba a Jim con una especie de fiereza, dejando que su pasión se desatara, olvidando su timidez, su vida de encierro, todo lo que hasta ahora fue. Un Hada vibrante, estremecida, todo corazón, había brotado de las cenizas, de aquella Hada un poco vacilante, fina, la hija en fin del pastor Jekyll. No era la misma. Pero Jim supo que la verdadera era ésta, la que encontraba ante sus ojos, la que le estaba hablando con aquella trémula voz. Descendió del caballo también, de un salto, y se acercó a la muchacha.

—¡Hada, estamos locos los dos!

—Sí, lo estamos, Jim. ¿Y qué?

«¿Y qué?». ¿Qué es la locura? ¿Qué es la verdad…? ¿Dónde estaba lo que sus corazones podían pedir, dónde lo que les estaba prohibido? ¿Y qué? «En nuestra locura está nuestra verdad» parecía decir Hada. Y Jim se encontró sin saber cómo estrechándola en los brazos, besando sus labios temblorosos, sus párpados que se habían cerrado, sus manos donde aún palpitaba un estremecimiento. Supo en este instante que se había vuelto loco, pero al mismo tiempo tuvo la extraña sensación de que jamás había estado tan cerca de la verdad.

—¡Hada…! —musitó.

Se habían separado un poco. Y en ese momento una voz dijo a su espalda:

—Soberbio espectáculo, amigos. Soberbio de verdad. ¿Por qué no repetís?

Hada exhaló un gemido. Jim se volvió poco a poco y vio a seis

hombres, con las armas empuñadas, apuntándoles. Coleman estaba entre ellos.

Todos formaban círculo, y Hada y él estaban en medio.

A una muda señal de Coleman aquellos seis hombres se fueron acercando poco a poco.

CAPÍTULO X

LA MUERTE LLEGA DE PRISA

Era un cerco en regla.

Los seis hombres empuñaban sus revólveres con una firmeza que no dejaba lugar para las dudas acerca del significado de todo aquello. Los lugares animados del pueblo aún estaban un poco lejos. Y no quedaba un resquicio, una grieta por donde escapar.

Coleman sonrió, mirando a Hada.

—¿De modo que has hecho traición a nuestro buen amigo Sam Reynolds, nena?

—Ella no ha hecho traición a nadie —rebatió Jim—. Pero en todo caso es Sam Reynolds el único que tiene derecho a preguntarlo.

—Es que a mí me gusta mucho más que a Sam —dijo, cínicamente, Coleman—. Estoy dispuesto a que sea mi chica.

Jim Karter apretó los puños, adelantando un paso. Miró de pies a cabeza a Coleman, que tenía ya cumplidos los cuarenta años, y cuyos ojos hablaban de depravaciones sin fin. Aunque él fuera el dueño de Utah, aunque él pudiera conseguirlo todo en aquella tierra, nunca haría suya a una mujer como Hada. ¡No, mil veces no!

—Si tanto te gusta acércate a ella, Coleman. Te estoy esperando.

El hombre hizo una seña a uno de sus pistoleros, y éste levantó un poco el revólver. Es posible que se hubiera producido el disparo mortal de no haber llegado en aquel momento, inesperadamente, Sam Reynolds.

—¿Pe… pero qué ocurre? ¿Tú aquí, Hada?

Ella le miró, pero nada dijo. Esperaba su reacción. Esperaba a

saber si él era capaz de defenderla.

—¡Qué agradable sorpresa, señor Coleman! —exclamó Sam, al ver al cacique—. ¿Estaba usted saludando a Hada?

—Estaba diciéndole que es la mujer más hermosa que he visto en mi vida —contestó el interpelado con una sonrisa burlona—. Y me gusta coleccionar mujeres hermosas. Le he dicho que puede ir preparándose a ser mi chica.

Sam Reynolds palideció al oírle y se mordió los labios, pero la visión de aquellos seis revólveres amartillados que tenía delante ahogó todo impulso viril que pudiera haber en él. Improvisó nuevamente una sonrisa zurrona.

—Bueno, señor Coleman, usted ya sabe que yo soy un buen amigo suyo y que…

—¡Miserable! —Escupió Hada—. ¡Cobarde!

—¿De qué tiene miedo? —sonrió, secamente, Jim—. La muerte llega de prisa. No hace sufrir.

—¡Cállate! —rugió Sam Reynolds con dientes apretados—. ¡No eres más que un pistolero!

—¡Un pistolero que acabará con los escorpiones como Coleman! ¡Y con las sabandijas como tú!

Se lanzó Reynolds antes de que nadie pudiera evitarlo. Uno de los de la escolta tiró precipitadamente, pero la bala salió alta. Los dos hombres rodaron por el suelo, en confuso montón, mientras los pistoleros se acercaban para disparar. Pero Coleman los detuvo con un ademán de su brazo derecho. Se pasó la lengua por los labios, con una mueca de placer.

—Dejad que se destrocen.

Y Hada, enmudecida por el horror, tuvo que asistir a aquel espectáculo salvaje y sangriento, pero que tenía algo de glorioso a la vez. Sam y Jim se levantaron al mismo tiempo. Sam fue a extraer su revólver, pero Jim se lo hizo soltar de un rodillazo. Luego conectó un gancho al mentón. Sam saltó atrás, con los labios bañados en sangre.

—¿Lo rematamos, jefe?

—Esperad. Aún tienen que ablandarse un poco más.

Ahora fue Sam el que se lanzó al ataque nuevamente. Su derecha voló al rostro de Jim, que la esquivó fácilmente. Un corto al hígado dejó paralizado a su enemigo durante unos instantes. Un

cruzado a la ceja, un izquierdazo al pómulo y un nuevo gancho, con la derecha, al mentón, dieron otra vez con Sam Reynolds en tierra. El caído trató de levantarse, pero no le fue posible. Resollaba como un caballo herido. Entonces, Coleman hizo un gesto de emperador romano, señalando cruelmente con el pulgar hacia abajo.

—¡No! —chilló Hada—. ¡Nooo…!

Pero dos de los pistoleros ya habían apretado sus gatillos. Sam Reynolds se encogió, alcanzado en sus órganos vitales, y quedó hecho un ovillo en tierra, con una expresión de infinito pasmo impresa aún en el rostro. Coleman rió.

—¡Ya puedes ser mi chica, Hada! ¡Matad ahora al otro!

Por lo visto le importaba un comino lo que Jim pudiera saber acerca de él. Ahora estaba cegado por Hada. Y sus pistoleros movieron las armas todos en la misma dirección, pero se encontraron con una sorpresa.

Jim Karter había recogido el revólver del caído, empuñándolo con movimientos de fiera acorralada. Antes de que nadie pudiera hacer fuego, él ya había disparado frenéticamente dos veces, amartillando con la mano izquierda. Dos de los pistoleros cayeron con las frentes atravesadas, lanzando sordos rugidos que hicieron estremecer la noche.

—¡Seis menos dos son cuatro! —gritó Jim—. ¡Y me quedan cuatro balas! ¡Una para cada perro!

Tiró otra vez alcanzando en el pecho a un pistolero que ya apretaba el gatillo. Ese pistolero era Mac Derby. El alcanzado hizo una pirueta extraña, doblándose, y las balas de dos de sus compañeros le alcanzaron en el abdomen. Hada se había llevado las manos al rostro y estaba muda de horror. Coleman, entonces, cometió una equivocación.

—¡Retiraos! —rugió—. ¡Parapetaos en los porches!

No pensó que sus hombres tenían así que ofrecer la espalda al único enemigo, el que estaba frente a ellos con una olímpica indiferencia ante la muerte. No pensó en que esto representaba el fin. Los dos pistoleros corrieron hacia los inmediatos porches, y a Jim no le costó ningún trabajo eliminarlos de dos balazos en la nuca. Ésta era, al parecer, su noche sangrienta, la noche de su amada la muerte. Le quedaba una bala, la que tenía destinada para Coleman, pero éste había reaccionado a tiempo colocándose tras

Hada y empleando como parapeto a la muchacha. Empezó a retroceder.

—Suelta el revólver o la atravieso.

Jim Karter se mordió los labios, mientras abría la mano. El revólver cayó a tierra.

—¡Eres muy estúpido, Karter!

—¡No tanto como crees, Coleman!

Sabía lo que su enemigo iba a hacer, y por eso los disparos de éste le cogieron preparado. En el momento mismo de lanzar el revólver al suelo había dado un salto hacia la zona de penumbra, donde su figura fuese apenas visible para Coleman. Éste disparó precipitadamente, con los ojos entrecerrados y atento, sólo a su salvaje deseo de matar. Las balas únicamente rozaron a Jim, que dio otro salto entre las sombras. En aquel momento sonaron gritos al otro lado de la calle. Los clientes de los *saloons* más cercanos, al oír aquella tremenda traca de disparos, se dirigían tumultuosamente hacia allí.

Coleman empezó a retroceder, sin soltar a Hada. Ésta, con lágrimas en los ojos, gimió:

—¡Huye, Jim, huye!

Pero Jim no huía. Lo único que deseaba era un revólver. Trató de acercarse a uno de los pistoleros muertos, pero una bala de Coleman le rozó la cadera. Tuvo que arrojarse al suelo y dar varias vueltas sobre sí mismo. Mientras lo hacía Coleman desapareció tras la más próxima esquina. Debía tener algún carruaje allí porque inmediatamente se oyó el relinchar de dos caballos.

Jim no se dio por vencido. Corrió como un loco hacia esa esquina tras apoderarse al fin de un revólver, pero no había hecho más que doblarla cuando algo silbó junto a su cabeza. Coleman había disparado otra vez, ahora más sobre seguro, y la bala arrancó cabellos junto a la sien izquierda del joven. Tuvo la sensación de que las fuerzas le abandonaban. Sintió como un vértigo y cayó a tierra. Coleman disparó dos veces más, pero al azar. Su preocupación primordial consistía en dominar a Hada y arrancar una buena velocidad a su carruaje. Consiguió ambas cosas en el plazo de treinta segundos. Cuando Jim empezó a recobrar el conocimiento, el carruaje de Coleman ya estaba lejos. Los dos corceles que tiraban de él debían de ser dos pura sangre. El joven se

llevó la mano a la sien, aturdido, y la retiró manchada de sangre. Había sido tan sólo una rozadura, pero supo que jamás había estado tan cerca de la muerte.

—Ha tenido usted suerte, amigo —dijo una voz—. Los adornos que le hacen a uno en un sitio así son de los que no se borran.

El joven se dio cuenta de que estaba rodeado de gente. Había allí quince hombres mirándole. Unos con curiosidad, otros con admiración, y alguno con horror. Desde luego el espectáculo que quedaba a sus espaldas, en la calle principal de Jamesville, no era de lo más educativo.

—Quiero un caballo —exigió Jim.

El suyo debía haber huido cuando empezaron los disparos. Los caballos tienen a veces más inteligencia que los hombres. Uno de los espectadores movió la cabeza.

—Si quiere alcanzarlos, va listo. ¿Sabe qué caballos lleva Coleman en su tronco? El primero y el segundo clasificados de la carrera de este año.

—¡No importa! ¡Dejadme un caballo!

En aquel momento se detuvieron dos monturas junto a él. Pero las dos estaban ocupadas. Una por Seila, y la otra por el pastor Jekyll. Jim entrecerró los ojos al verle.

—Llegas justo después de la pelea. Sé de unos animales que hacen exactamente lo mismo que tú.

—¿Qué clase de animales?

—Los buitres.

El pastor encajó el insulto. Parecía que no le preocupase la actitud de Jim, sino lo que pudiera haber ocurrido a Hada. Con voz vacilante preguntó:

—¿Dónde está ella? ¿Qué ha ocurrido, Jim?

—Se la ha llevado tu amigo el señor Coleman.

Jekyll tuvo un estremecimiento, Y Seila saltó del caballo.

—¡Mejor! Así no me fastidia… r… rrr…

Se cortó en seco. Jim la había sujetado por la cabeza y lanzado bruscamente contra el caballo. El pastor, que había descendido también, evitó que cayese a tierra.

—¡Lo que acabas de decir no está bien, Seila! —Silbó Jim—. ¡Es una maldad y una insensatez! ¡Hada puede estar muerta antes de que amanezca!

—No lo estará —murmuró el pastor—, si yo puedo evitarlo.

—¿Evitarlo? ¿Cómo? ¿Pidiéndoselo por favor a Coleman?

—Tal vez —susurró el viejo, misteriosamente.

Y echó a andar siguiendo la dirección que minutos antes llevara el carruaje de Coleman.

Jim Karter y Seila fueron tras sus pasos.

CAPÍTULO XI

EL SECRETO EN UNA TUMBA

Marchaban a pie. Jim Karter preguntó:

—¿Por qué no hemos tomado los caballos? ¿Es que acaso esto es un paseo para templar los nervios?

—No hay prisa —murmuró el pastor—. Coleman no matará a Hada. Ni le causará el menor daño esta misma noche, imagino. Los peligros empezarían para ella mañana, cuando ese hombre se haya repuesto de los efectos de la derrota y vuelva a ser el que siempre ha sido. Coleman no siente ninguna atracción por las mujeres cuando no está seguro y rodeado de sus pistoleros. Siempre ha sido así.

—Sabes muchas cosas sobre Coleman —expuso Jim, mirándolo con el rabillo del ojo.

—Sí, muchas. Pero aún hay otras que por lo visto sabes tú y que yo ignoro.

—No debierais discutir —terció Seila, hablando con la familiaridad que en ella era habitual—. Hemos bajado a todo galope al oír los disparos. Y no es bueno que eso sólo haya servido para una disputa.

—Tienes razón, Seila —convino el joven.

Siguieron callados durante unos minutos. Se dirigían inequívocamente hacia el lado norte de la población, y era el pastor quien guiaba. Él debía conocer bien el lugar donde Coleman había llevado a Hada. A distancia, impulsados por esa curiosidad que los humanos sienten hacia las situaciones violentas, más de una docena de hombres les seguían sin hacer ningún ruido.

—¿Qué sabes tú de Coleman? —preguntó, de repente el pastor —. ¿Por qué quieres destruirle?

—Coleman es una alimaña.

—Eso lo dice todo el mundo, y sin embargo nadie se le enfrenta con las armas en la mano. Tú debes tener alguna razón especial. Tú debes saber algo que los demás ignoran.

Jim sonrió en la oscuridad. Pero, más que una sonrisa, lo que hubo en sus labios fue una mueca.

—Hace años, Coleman no era más que un cuatrero sin fortuna —susurró—, cuya principal preocupación consistía en ir librándose de la horca. Utah está lleno de cuatreros, y no todos consiguen las montañas de dólares con que soñaron al lanzarse a esa vida. Pero, de repente, para Coleman cambió todo. Se transformó en el hombre más rico de Utah. El fugitivo de tiempo atrás pudo ahora comprar ranchos, sobornar jueces y perseguir impunemente cuantas mujeres deseó. ¿Qué había hecho posible ese milagro?

—Sí. ¿Qué lo había hecho posible? —musitó el pastor, tras reflexionar unos instantes.

—El secreto de ello estaba en una tumba —prosiguió Jim en voz muy baja, casi susurrando las palabras—. ¿Recuerdas a Samper, aquel fabuloso banquero que iba a financiar una línea de ferrocarriles en Utah, y que desapareció misteriosamente?

—Sí, lo recuerdo. Todos dijeron que se había fugado con una bailarina. Que se había embarcado con ella hacia las islas del Pacífico.

—Esa bailarina fue el primer cómplice que tuvo Coleman. Ella fue la encargada de atraer a Samper a una emboscada, en la que fue asesinado. Las joyas y el dinero que llevaba encima constituían una fortuna. Pero además él había dejado a esa bailarina gran parte de sus acciones en las minas de Nevada. ¿Qué crees que hizo Coleman? —Sonrió otra vez tristemente, guardando unos segundos de silencio —. La bailarina ya no le era útil. Por consiguiente la hizo torturar, para que revelara el sitio donde tenía ocultas las acciones, y luego uno de sus sicarios, un tipo que manejaba muy bien el látigo y a quien tuve el honor de ahorcar con su propia arma, le dio la muerte más cruel que un hombre puede concebir. Coleman hizo desaparecer su cuerpo de algún modo, pero no se atrevió a actuar de igual manera con el del banquero Samper. El lugar de la

emboscada, según he sabido más tarde, estaba situado al norte de California, No había allí un palmo de tierra que pudiera considerarse seguro, porque los buscadores de oro lo trituraban todo. El cadáver de una mujer muerta a latigazos no comprometía a nada, pero el de un banquero como Samper, sí. Cualquier investigación podía dar al traste con los negocios que pensaba iniciar Coleman. Por ello tuvo una idea que le pareció genial y muy divertida: Encargó a uno de sus hombres que trajera un ataúd, encerró en él el cuerpo de Samper y lo hizo sepultar en el cementerio del más cercano pueblo bajo una lápida en que se aseguraba que allí reposaban los restos de Nancy West, nombre de la bailarina. Eso le pareció más seguro incluso que quemar los dos cuerpos, puesto que siempre quedan restos delatores. Luego empezaron a subir las acciones de Nevada. Entre los documentos de Samper había pagarés por deudas fabulosas que él se encargó de cobrar. Había transcurrido tan sólo un año y Coleman era ya uno de los hombres más ricos de Utah. Tenía un hábil sentido de los negocios y una despiadada falta de moral para llevarlos a buen término, y sus asuntos iban viento en popa. Estableció su cuartel general en Jamesville, bien lejos de California. Y llegó Samper, a quien se suponía gozando de una ilimitada luna de miel en las islas del Pacífico, tras vender parte de los pagarés y de sus acciones.

Guardó un instante de silencio. Ascendían ahora por un camino suave que llevaba a lo alto de una colina. En ésta había dos casas, que debían pertenecer a Coleman. Procurando no hacer ruido, pero sin vacilaciones, el grupo se dirigía hacia allí.

—¿Sabías ya algo de todo esto, pastor Jekyll?

—Sólo el principio: Que Coleman fue un cuatrero durante la primera parte de su vida. Pero nada más.

—¿Y cómo se supo el resto? —preguntó Seila.

—De una forma bien inesperada y al mismo tiempo bien sencilla. La bailarina de quien he estado hablando tenía una hermana que residía en el oeste central. Inquieta ante la absoluta falta de noticias, se dedicó durante un tiempo a buscarla por todo el sudoeste. Pudo saber entonces, casi por casualidad, que su hermana había sido sepultada, tiempo atrás, en un pueblo de California. Se dirigió hacia allí y solicitó de la Junta Municipal un permiso para trasladar los restos de su infortunada hermana a la ciudad natal de

ambas, que era Topeka, en Kansas. De esto Coleman no sabía nada; ya se había despreocupado por completo del asunto. Pero he aquí que la muchacha venida desde Kansas consiguió el permiso de traslado, y vio con horror que lo que el ataúd contenía no era una mujer, sino un hombre. Por algunos detalles pudo identificarlo como el famoso banquero Samper, misteriosamente desaparecido. Y entonces cometió la imprudencia más terrible de su vida, que fue encargarse sola del esclarecimiento de la verdad. Las autoridades californianas, debió pensar, tenían bastante trabajo con controlar a los buscadores de oro, y no se ocuparían de nada más. Siguiendo diversas pistas fue a dar con Coleman aquí, en Jamesville. Y cuando se dio cuenta del alcance del lío en que estaba metida, cuando supo ver que era la única conocedora de la verdad acerca de un crimen que ya había hecho correr tanta sangre, era demasiado tarde. Coleman la persiguió hasta un lugar llamado Rancho Karter…

Guardó otro instante de silencio. En este momento todos empezaron a comprender. La historia narrada por Jim iba ya encajando con los sucesos que en este momento vivían. Pero Seila aún preguntó:

—¿Qué ocurrió entonces… en vuestro rancho?

—Mi padre y yo cuidábamos de él, junto con dos viejos peones. La muchacha de quien estoy hablando nos solicitó protección y se la dimos a pesar de que la perseguían más de quince hombres. Quisimos avisar a nuestros dos viejos peones, que estaban en el campo y no llevaban armas, pero antes de que pudiéramos hacerlo fueron ahorcados por los hombres de Coleman. Mi padre y yo respondimos entonces al fuego, exterminando a varios de los sitiadores, más éstos eran demasiado numerosos. Incendiaron el rancho. Y entonces mi padre y yo tuvimos un momento de cobardía, y la muchacha fue capturada. Mi padre me susurraba, jadeando: «Hijo mío, hemos hecho todo lo posible. Son más de diez hombres… Lo hemos perdido todo». Perseguidos a tiros por unos pistoleros que todavía no habían logrado verme la cara, pudimos llegar hasta los caballos y huir.

Pero no habían transcurrido aún diez minutos cuando reaccionamos y volvimos grupas. Los hombres de Coleman habían aprovechado bien la media hora que empleamos entre nuestra fuga y nuestro regreso. Habían dado muerte al ganado y rociado con

petróleo las cosechas, prendiendo fuego. Otro grupo, entretanto, habían atado a la muchacha a la barra de los caballos, y el mismo experto en latigazos la dejó por muerta.

Jim hizo una pequeña pausa y continuó:

—Realmente fue un milagro que viviese. Mi padre y yo la recogimos, curándola dentro de nuestras posibilidades, pero pronto pudimos ver que moriría sin remedio. Entonces la dejamos en manos de un médico y fuimos en busca del *sheriff* para acusar a los hombres de Coleman pues habíamos reconocido a algunos de éstos. El *sheriff* —levantó un poco la voz, con ira— llevaba esta estrella oxidada. Le dimos cuenta de lo sucedido y, en lugar de apoyarnos, nos quiso detener por haber dado muerte «a traición» a varios de los hombres de Coleman. Su cinismo era tan exagerado que perdí el dominio de mis nervios. Le desafié y le di muerte, colocándome su estrella. Fue entonces cuando juré que no me la arrancaría hasta que en Utah reinase de nuevo la justicia, que era lo mismo que decir hasta que hubiese caído Coleman. No nos habíamos preocupado hasta entonces de los asesinatos, de los ranchos incendiados, de las mujeres raptadas en todas partes. Pero a partir de ese momento nació *Estrella Negra*. Mi padre y yo juramos compensar aquel instante de cobardía que habíamos tenido unas horas antes. Y, seguros de que no había en Utah juez que pudiera resistir a la influencia de Coleman, decidimos acabar con su banda y entregarlo un día a la justicia federal. Pero Coleman se enteró bien pronto de la existencia de *Estrella Negra*. Y, con la complicidad de un *sheriff*, hizo ahorcar a mi padre. Cuando trataba de vengarle empezó a suceder lo que tú ya conoces, Seila, y lo que tú, Jekyll, conoces en gran parte también.

Se produjo a continuación un largo silencio. Los dos hombres parecían sumergidos en sus propios pensamientos, y en cuanto a la mujer estaba lo bastante consternada para no poder modular palabra. Pero al fin fue ella la que preguntó:

—¿Dónde está ahora esa muchacha, la hermana de la bailarina?

—En el hospital de Jamesville. No había otro en las cercanías. Tuve que enviarla allí porque era el único lugar donde podían salvarla. Y, al parecer, vivirá. Su declaración y los documentos que ha conseguido pueden ser decisivos, en cualquier momento, contra Coleman.

—Todo esto si él no te mata antes —aseguró Seila—. ¿De qué armas disponéis?

—El pastor no puede intervenir en ninguna pelea —murmuró Jim—, y por otra parte su actitud no me parece nada limpia. En cuanto a ti, eres una mujer.

—Bien, pero eso no quita importancia a lo que te he preguntado: ¿De qué armas dispones?

—Hasta ahora he empleado las que mis propios enemigos me proporcionaron. En esta ocasión también será suficiente con ellas.

—¡Estás loco! —susurró Seila—. ¡Completamente loco!

—Tal vez. Pero los locos tienen la suerte de no notar tanto la muerte, cuando la muerte llega. Quedaos aquí.

Y antes de que los otros pudieran reaccionar de su sorpresa había comenzado ya a arrastrarse hacia una de las casas.

CAPÍTULO XII

AMADA MUERTE

—Creo que por fin he adivinado a Jim —dijo Seila en un susurro, casi al oído del pastor—. Jim ama la muerte.

—No es cierto. Se la han hecho amar. Hay mucha gente que ha tenido que aprender con su sangre que la única ley aplicable en Utah es la ley del gatillo. Y Jim es uno de ellos.

—Tal vez. Pero va alegre al encuentro de la muerte. Diríase que la está deseando. Su presencia le atrae.

—Y la muerte vendrá sin duda esta noche —murmuró pensativamente el pastor—. Pero, a pesar de que Jim la ha llamado, puede que no sea él su víctima.

Seila hizo un repentino gesto de decisión.

—Voy a acompañar a Jim. Iré tras él sin hacer ruido. Sólo soy una mujer, pero puede que necesite mi ayuda.

—Hazlo.

Seila se volvió un poco, sorprendida.

—¿Cómo? Pero ¿no se opone usted? Creí que lo haría.

—Yo no puedo modificar el camino que cada uno se traza. Haz lo que quieras.

Seila se encogió de hombros y empezó a arrastrarse como una gata en la misma dirección que siguiera Jim. No sabía explicarse muy bien, pero tenía la sensación de que lo que el pastor había deseado era quedarse solo. ¿Para qué?

* * *

Jim había llegado a la verja exterior que rodeaba por entero un

gran jardín. Se dio cuenta de que las casas estaban dentro de éste, o sea que formaban en realidad una sola finca. Desde su puesto de observación, pegado al suelo, pudo ver que una de ellas era un verdadero palacio, reluciente de blancura, mientras que la otra estaba construida con madera y era de aspecto mucho más sencillo. No resultaba difícil adivinar que una era la residencia personal de Coleman, y que la otra la habitaban los pistoleros a sus órdenes. A cuánto ascendía el número de éstos era la primera pregunta que Jim tenía que contestarse. Necesitaba saber con cuántos hombres iba a luchar, cuántos verían la muerte aquella noche.

Se deslizó un poco más, hasta llegar al pie mismo de la valla. Una vez en aquel lugar vio que empezaban a salir hombres de la casa de madera. Contó cinco. Realmente, Coleman ya no tenía una tropa tan poderosa como al principio de aquella aventura. Cinco hombres no eran muchos para sostener en Utah su imperio de sangre.

Uno de ellos se aproximó poco a poco al lugar donde estaba Jim. Éste comprendió que disponía tan sólo de unos segundos para actuar, y antes de que su enemigo llegase, él ya había saltado la valla. Agazapado entre unos matorrales lo esperó. Vio que llevaba un rifle «Sharp» en las manos y dos revólveres al cinto.

—¡Chist! —llamó, cuando el otro estuvo más cerca—. ¡Chist…!

El pistolero hizo un gesto de alarma, levantando el rifle. Pero antes de que pudiera apretar el gatillo, Jim ya estaba sobre él. Sus dos brazos enlazados le atenazaron el cuello y empezaron a apretar. Antes, y de un puntapié, el joven había hecho saltar el «Sharp» de entre sus manos. Apretó de una forma tan brusca que el otro no tuvo tiempo ni de sacar sus revólveres. Apenas unos segundos después había perdido el sentido, mientras crujían sus vértebras. Pero Jim no lo mató. Odiaba matar a nadie si no era estrictamente necesario. Cuando el hombre cayó sin aliento a sus pies, consideró terminada la parte más importante del trabajo.

Con el pañuelo que el propio pistolero llevaba al cuello, lo amordazó, atándole luego las manos a la espalda con el cinturón, y uniéndole al fin los pies al tronco de un árbol por medio de las correas de sus espuelas. Tal como quedó sujeto aquel hombre era imposible que se librara nunca por sí solo. Y habían transcurrido tan sólo un par de minutos desde que Jim se lanzó al ataque.

Se ciñó el doble cinturón canana, despreciando el rifle. Revisó luego bien la dotación de los cilindros. Seis balas en cada uno de ellos. Sobraba plomo. Más de dos balas para cada hombre.

Vio que los cuatro pistoleros restantes se habían distribuido ya. Dos daban vueltas alrededor de la casa, cruzándose en la parte posterior de ésta, y otros dos montaban guardia en la puerta principal. Jim decidió enfrentarse a los que se encontraban en la parte posterior cuando estuvieron los dos juntos. Calculó que no sería difícil acabar con ellos y entrar en la casa. Lo que había de ocurrir a continuación ya le parecía sencillo y rápido, pues tendría enfrente tan sólo a tres enemigos, y uno de ellos Coleman.

Pero estaba equivocado al suponer que éste contaba para su seguridad con sólo cinco hombres. Tres más se hallaban agazapados en los alrededores de la casa, y Jim no podía verlos… porque precisamente se encontraban a su espalda.

Uno de ellos había reconocido al joven.

Levantó su revólver.

* * *

El disparo hizo que las manos de Coleman, quien se estaba perfumando su fino bigote, temblaran un poco. Pero en seguida se recuperó y, volviendo el rostro hacia Hada, que estaba en pie junto a la puerta, musitó:

—Parece que hay alguien empeñado en no dejamos en paz esta noche… Pero mis hombres se encargarán de él, sea quien sea.

Hada se estremeció.

—Tiene usted la casa muy bien guardada. Tanto que cree estar seguro, Coleman, pero…

Se oyeron otros dos disparos. Las sombras de la noche parecieron agrandarlos. Fue como si resonaran en toda la casa.

Coleman se estremeció otra vez.

—¡Acércate! ¡Acércate a mí! ¿Me has oído, estúpida?

Hada no se movió. Sus labios estaban plegados en una mueca, enérgica, firme.

—Me ha raptado porque posee la fuerza. Me ha traído hasta aquí porque yo no podía evitarlo. Pero nada más logrará. Lo otro sí que puedo evitarlo, Coleman… aunque sea dejándome matar.

El hombre sonrió e hizo un ademán de superioridad, como si

todo aquello le parecieran remilgos de chiquilla. Dio por bien entendido que no prestaría la menor atención a las súplicas ni a los sollozos de Hada. Probablemente, estremecido por la pasión, ni siquiera llegaría a oírlos. Sólo ella le importaba. Ella, la mujer. La diosa de carne. La conciencia, la dignidad, la vergüenza, eran cosas que para él estaban sumergidas en la sima más profunda del olvido. Y esta noche, con Hada muy cerca de los brazos, no iba a sacarlas de allí.

—Ven, muchacha, acércate a mí. Acércate a Pat Coleman, el hombre que conseguirá para ti todo lo que quieras…

La rozó con sus manos. Hada ni siquiera se movió. Pareció por unos instantes una estatua de hielo. A no ser por el temblor de sus labios hubiérase dicho que estaba muerta en pie. Pero Coleman veía palpitar esos labios, captaba el perfume de su piel. Y el deseo subía en él como en verano una columna de mercurio.

—Acércate…

Dos nuevos disparos, éstos más cerca. Coleman se estremeció, y sus dientes rechinaron.

—¡Malditos! Pero ¿qué hacen? ¿Quién está dando tanto trabajo fuera de la casa?

Otro disparo, y un gemido de angustia. Coleman llevó la derecha a su revólver.

—¡Esto es insoportable! Voy a decirles que…

—¿Qué es lo que va usted a decirles, Coleman? ¿Y a quién?

La voz, metálica y con reflexiones burlonas, había sonado a su espalda. Coleman se volvió rápidamente, con la mano sobre el revólver, para encontrarse frente a Jim Karter que ya le estaba encañonando con dos «Colt».

—¡Tú! —rugió—. ¡No es posible! ¡Había ocho hombres fuera de la casa! Tú solo no puedes…

—Te quedan tres, Coleman. No he podido matarles a todos, si es eso lo que querías decir. Pero esos tres están tan aterrorizados que no creo que nos interrumpan en nuestra amistosa charla. Porque lo nuestro va a ser muy amistoso, Coleman. Demasiado para lo que mereces. Voy a enfundar el revólver y luego sacaremos los dos. La vida será del más rápido.

En ese momento, Jim sintió una repentina corriente de aire frío a su espalda. Fue algo tan rápido que ni siquiera tuvo tiempo de

modificar su postura. Inmediatamente algo se le clavó en la columna vertebral. Un revólver.

«El pastor Jekyll —pensó Jim con amargura, con una pena que le devoraba el corazón—. Ya he caído».

Pero se equivocaba.

La persona que estaba a sus espaldas no era el pastor Jekyll.

CAPÍTULO XIII

LA SORPRESA INCREÍBLE

Sí. Jim se equivocaba. Porque la persona que ahora estaba a su espalda, encañonándole con un «Colt», iba a proporcionarle la sorpresa más rotunda y desagradable de su vida.

Adivinó quién era al oír aquella voz.

—¡Quieto o te abraso!

—Pero…

Una mano le despojó ágilmente de sus revólveres, que hizo caer al suelo. Jim, entonces se volvió, con los ojos entrecerrados a causa de la incredulidad.

Y no era para menos.

La persona que estaba tras él, amenazándole, era Seila.

—¡Loca! —rugió—. ¿Qué clase de broma es ésta? ¿Qué es lo que pretendes, si pretendes algo?

Había dolor en los ojos de la mujer. Un dolor profundo, sordo, insaciable. Pero aun así contestó sin vacilar.

—Pretendo salvar a Pat Coleman.

—Pero… ¿por qué? ¡Por qué!

Coleman había desenfundado su revólver, amartillándolo suavemente. Jim se dio cuenta de que iba a morir, y entonces sonrió. Sonrió con una mueca de desafío, de soberano desprecio. Sus facciones reflejaron una postrera y desesperada burla.

—Antes te atacaron tres hombres por la espalda —susurró—. Pero pisaron una ramita seca del jardín y eso me hizo volverme a tiempo. Ahora los tres están muertos. Tú, en cambio, no has pisado ninguna ramita seca, Seila. Has pisado tan sólo mi corazón y tu

honra. Pero más valdrá que lo olvides disparando de una vez. Así, al menos, no habrá quien te lo recuerde.

Seila oyó todo esto, con los labios apretados y los ojos húmedos. Pero fue Pat Coleman el que levantó unos centímetros su revólver.

—Reza, Jim Karter. ¡Reza porque te coseré a balazos la espina dorsal, porque clavaré las seis balas de mi cilindro bajo tu maldita piel, sin dejar una sola!

Jim seguía sonriendo.

—¿Es que acaso tú, Seila, eres la chica de un canalla como Coleman? —preguntó en voz baja.

—Me prometió casarse conmigo. De eso ya hace tiempo. Pero luego me abandonó. Y estuve a punto de ser ahorcada por sus propios hombres.

Jim reflexionaba desesperadamente. Su cerebro estaba trabajando a una presión de cien atmósferas. Todo lo que le estaba confesando Seila podía parecer increíble, pero reflexionando se advertían allí los elementos de la verdad. En primer lugar, Seila era una muchacha cuya vida destrozó alguien, y ese alguien muy bien pudiera ser un canalla como Coleman. Que luego la hubiese abandonado y aun condenado a la horca, también estaba muy de acuerdo con sus métodos y costumbres. Después, Coleman no había vuelto a saber que Seila estaba viva, porque desde que Jim la salvó, él no la había visto nunca. Y ahora esa muchacha a la que condenó a la tumba, a la que hundió en la sima, surgía del vacío para salvarle la vida. Para demostrarle que en su corazón aún había generosidad, que aún existía un lugar para él. Pero a Jim la muchacha no le causó admiración, sino lástima. Una infinita lástima.

—¿Cómo es posible que le ames, Seila…, hasta este extremo?

—¡Porque le amé en otro tiempo! —gimió ella—. ¡Porque una mujer como yo necesita confiar en el hombre a quien lo dio todo! ¡Al verte a ti adiviné que existía algo mejor, más digno! ¡Pero no quería que mataras a Coleman! ¡Procuraba estar al tanto de todos tus movimientos para ayudarle en el momento oportuno! Hasta te propuse marchamos para que no le matases. ¡Porque su vida me sigue importando, Jim, porque su vida todavía es mía…!

—Y por él has mentido, has adoptado una actitud falsa, cínica —masculló Jim—. Está bien, muchacha, ya que te has equivocado

equivócate del todo. Cierra los ojos y aprieta el gatillo. Amo a la muerte…

—Sí, ama a la muerte —susurró Hada, tras ellos, con voz vacilante—. Quererte a ti, Jim, es como querer a una sombra. Pero al menos permite que en este momento te dé la mano. Permite que al amarte a ti ame yo también a la muerte, lo único que en este momento nos une.

—Nos unen también otras cosas, Hada… —arguyó él—, aunque ya sea tarde para confesarlas.

Aceptó su pequeña y delicada mano, estrechándosela. Pero al lado de este gesto blando y sentimental, el rostro de Jim seguía siendo el del hombre que se burla de su propio fin. En sus labios aún florecía la misma sonrisa despiadada, y con la mano izquierda se había rasgado de arriba abajo todos los botones de la camisa para que Pat Coleman le diera mejor el pecho.

—¡Tira, perro! ¡Tira! ¡Y mientras aprietas el gatillo no te olvides de ladrar!

Coleman levantó un poco más el revólver. Sus facciones estaban deformadas por el odio.

—¡No puedes matarle, Pat! —gritó, en este momento, Seila—. ¡Yo te he salvado, pero no para que lo sacrifiques a él! ¡No puedes hacer eso, asesinarle a sangre fría! ¡No puedes!

Había algo de desgarrado en su voz. Coleman se puso instantáneamente nervioso.

—¡Cállate!

—¡Es que obrar así sería una canallada, Pat!

Jim hizo más ancha y despectiva su sonrisa.

—Este honorable amigo tuyo está muy acostumbrado a las canalladas, Seila. Más vale que lo dejes en paz. ¡Y, por mil diablos, además no me gusta que me defiendan las mujeres!

—Ya lo has oído, Seila. Al amiguito también le molesta tu voz.

—¡Pues la oiréis de todos modos! ¡Huye ahora, Pat! ¡Te he salvado la vida para eso! ¡No puede ocurrirte nada! ¡Huye!

—¿Huir? —Pat Coleman soltó una carcajada diabólica—. ¿Retirarme cuando todos los triunfos están en mis manos? ¡Tú te has vuelto loca, Seila! ¡Y retírate de ahí delante si no quieres que me entretenga también en destrozarte a balazos la cara!

La muchacha apretó los labios. Sus facciones reflejaban un dolor

supremo, desesperado que las ennoblecía. Era como si el último desengaño, como si la última bofetada al rostro hubiese hecho resurgir todo cuanto de bueno, de noble y generoso había en ella. Jim sintió en estos instantes una desesperada compasión por la mujer, porque supo que aquella joven también había tocado a su fin.

Seila movió los labios para escupir a la cara de Coleman:

—¡Miserable!

Un hombre como Coleman, a quien una corte de mujeres perdidas y pistoleros a sueldo había preservado de todo roce desagradable con la vida, encajaba mal los insultos. Sus facciones palidecieron un poco más y entrechocaron sus dientes. El revólver que tenía en la mano derecha, apuntando a Jim, hizo un levísimo giro. Y la detonación se mezcló a un grito de horror de Hada, al ver ésta cómo Seila se encogía mortalmente alcanzada en el pecho.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Condenado perro…!

Las facciones de Coleman se habían transformado. Reflejaban un gozo infrahumano diabólico. Su mano derecha temblaba de excitación al empuñar el revólver.

—¡Sigue insultándome! ¡Los insultos suenan bien en tus labios, Hada! ¡Sigue hablando, porque en cuanto yo apriete el gatillo ya no podrás hacerlo nunca más!

—¿Y por qué no lo aprietas ya?, ¡sapo! —Escupió Jim—. ¿Es que el ruido te da miedo?

Coleman levantó un poco el revólver, a punto de disparar. Pero en ese momento sus tres secuaces que quedaban vivos irrumpieron en la sala. Venían armados de revólveres. Jim pensó, con cierta ironía, que a su situación ya no le faltaba nada para ser completa: Sin armas y con cuatro enemigos en la habitación, sedientos de sangre.

—¡Jefe! —aulló uno de los pistoleros—. ¡No sabíamos que este hombre había logrado entrar! ¡Después del tiroteo nos hemos agazapado esperándolo!

—¡Y mientras vosotros esperabais podía haber llegado para mí el día del juicio final! ¡Ha tenido tiempo de matarme cien veces! ¡Estúpidos! Lo único que merecéis es… ¡esto!

Apretó el gatillo una vez, y el pistolero que acababa de hablar se llevó las manos a la cabeza con un gemido de horror. La sangre

empapó sus dedos. Fue una visión de pesadilla verle caer, retorcerse, gemir mientras se doblaban sus rodillas. Hada tuvo que cerrar los ojos, y Jim lanzó una salvaje maldición. Los otros dos pistoleros se quedaron petrificados, blancos.

—Pero…

Jim Karter aprovechó el momento. Su vida había dependido muchas veces de una fracción de segundo. Casi le causaba un placer que había llegado el momento decisivo, el momento de matar o morir. Flexionando la cintura y apoyándose en un solo pie, saltó. No lo hizo sobre Coleman, sino sobre los dos pistoleros, pues a pesar del susto que se leía en sus rostros, estaban más serenos que el jefe. Por otra parte, si lograba formar un grupo confuso con los dos hombres tenía ganada la mitad de su aventura. Sus brazos, parecidos a cables de acero, aferraron las cabezas de los dos hombres, mientras Coleman disparaba. Los tres hombres cayeron en confuso montón, y la bala salió alta.

Fanáticamente decidido a vencer o morir, Jim no perdió un segundo. Su espuela derecha rasgó el brazo de uno de los pistoleros, obligándole a soltar el arma con un aullido de dolor. Aún no había tocado el revólver el suelo cuando él lo tenía ya entre sus dedos trémulos. Y con una velocidad centelleante lo empleó contra el que había sido su dueño, clavándole la bala bajo el mentón y atravesándole la cabeza. Inmediatamente saltó, casi a ciegas, contra uno de los sillones. Cayó con él, mientras las balas de Coleman picoteaban el suelo de tablas. El otro pistolero se levantó. Jim, rodillas en tierra, movió otra vez el dedo índice, y el cañón envió a través de la estancia sus cálidos chorros de muerte. El pistolero se dobló, alcanzado, mientras en su rostro se dibujaba una incredulidad absoluta. Tuvo la sensación de que sufría un desmayo y nada más. Naturalmente, él no vio el impacto en su pecho ni el fatal hililllo de sangre que comenzaba a manar de su boca.

Coleman tiró con rabia casi al azar, y la bala atravesó el revólver del joven, hiriendo a éste en la mano. Jim se encogió un poco, mirando la muerte cara a cara. Pero Coleman desvió la dirección de su arma, porque comprendió que Hada, quien se disponía a escapar, era una presa más urgente.

E iba a apretar el gatillo cuando a sus espaldas dijo una voz:

—Muy bien, Pat Coleman: ¿Te atreverías a asesinar a tu propia

hija?

EPÍLOGO

Jim Karter había tenido ocasión de asombrarse muchas veces en su corta vida, pero jamás tanto como ahora. La sorpresa fue tan grande que se olvidó incluso del dolor de su herida. Hada se tapó el rostro con las manos, lanzando una especie de gemido, y en cuanto a Pat Coleman pareció como si le hubieran asestado un mazazo en el cráneo; tan grande fue su estupor.

El pastor Jekyll atravesó el umbral de la puerta y avanzó lentamente:

—Hada Coleman, el verdadero nombre con que está inscrita en mis libros parroquiales —manifestó—. Hija de Pat Coleman y de Nancy West. ¿Te acuerdas de Nancy? ¡Oh, no! En tu vida de pecado ha habido tantas mujeres después de ella, que Nancy no es en tu pasado más que una sombra remota. Pero ella te dejó una hija, Hada, a la que tú abandonaste cuando no tenía más que unas semanas de edad. Y yo la recogí y la cuidé como propia, procurando educarla en la virtud. Durante veinte años, un determinado libro de mis registros ha estado cerrado para ella y para todo el mundo. Durante veinte años, al hablar de su niñez, he empleado frases equívocas que no sé si Dios me perdonará algún día. ¡Pero es tu hija, Coleman, y puedo demostrarlo! ¡De hecho lo he demostrado ya! ¿Por qué crees que te salvé abriendo aquella puerta cuando Jim Karter te había acorralado? ¿Crees que lo hice por amistad? ¡No! —Sus mandíbulas chocaron en el aire—. ¡Lo hice porque no quería que el padre de Hada muriese atravesado por el plomo! ¡Porque aún esperaba un milagro que te hiciera cambiar! ¡Pero ese milagro no se ha producido, Coleman! ¡Y ahora no te queda sino terminar tu carrera dignamente! ¡Dispara contra tu propia hija!

Después de las palabras del pastor, semejantes a un ronco

aullido, se hizo el silencio. Un espeso, un asfixiante, un angustioso silencio. Se podía oír el jadear de los tres hombres, pero como si fuera algo muy remoto. Hasta la luz pareció hacerse más plomiza y la atmósfera más opaca. Hada sollozaba, pero en el más absoluto silencio. Seila, manando la sangre por la angustiosa grieta de su pecho, se arrastraba poco a poco por el suelo de tablas. Sus ojos ya empezaban a parecer dos globos de cristal.

—¡Dispara! —desafió el pastor—. ¡Y que el rayo de la justicia caiga sobre tu cabeza!

Los ojos de Coleman brillaban como dos luciérnagas. Se habían vuelto rojos. Diríase que detrás de ellos había dos hogueras. Sudaba copiosamente, y el sudor resbalaba hasta su barbilla, hasta su camisa inmaculada. Hada le miró a los ojos con su mirada limpia, pura. Y entonces él no pudo resistirlo y empezó a levantar otra vez el revólver poco a poco.

Hay seres que resisten un balazo en el pecho, pero que en cambio no pueden resistir una mirada de mujer.

El revólver se levantó un poco más, un poco más…

Y entonces sonó la detonación.

Y otra.

Y otra.

No partían del revólver de Coleman sino de un «Colt» calibre pesado que alguien empuñaba a su izquierda. Todos volvieron el rostro y vieron a Seila. ¡Seila! La muchacha había incorporado un poco el tronco, apoyándose en la mano izquierda, y con la derecha tiraba frenéticamente una y otra vez. Tenía los ojos vidriosos, era ya una muerta. Pero sus dientes estaban apretados, sus labios dibujaban una mueca de fanática decisión, y su pulgar se movía ágilmente a cada disparo para amartillar el revólver otra vez. Plomo caliente, certero, mortal, salió de aquella boca metálica. Coleman fue alcanzado en el pecho, en el cuello, en la cara. Su rostro era una máscara sangrienta cuando cayó de rodillas. Cuando sus ojos desorbitados miraron a aquella muerta que le estaba matando a él.

—¡No! —rugió—. ¡Nooo…!

Pero a Seila aún le quedaban dos balas más. Tiró al bulto, sobre seguro, sin querer desperdiciar una sola. La barbilla de Coleman saltó. Una bala definitiva le atravesó la sien derecha.

Y de rodillas como estaba, cayó de bruces, con las manos

tendidas hacia Seila. Y Seila muerta, cayó igualmente de bruces.

Y también tendió las manos hacia él.

Jim se levantó, encogiendo la mano herida, y ayudó a sostenerse a Hada, que iba ya a desplomarse por tierra. Luego dejó caer sobre Coleman su estrella negra. El pastor se acercó a los muertos, les cerró los ojos y luego, de rodillas, rezó una breve oración.

—Vamos, hijos míos. Éste ya no es lugar para los vivos.

Se levantó poco a poco, y abrazó a Jim haciendo un esfuerzo para contener las lágrimas. Todo su aspecto, cuando con un ademán de energía se repuso, era de severa dignidad. En cambio el semblante de Hada reflejaba, dentro de su dolor, algo distinto: Reflejaba una esperanza, una ilusión. Pero esto sólo al mirar a Jim.

Salieron. El joven comentó:

—Hiciste bien al prohibirme que saliera con los revólveres, tío Jonathan. A pesar de no llevarlos, he pagado demasiados tributos a la Muerte. Entiérralos.

—Así lo haré, hijo mío. Pero en adelante va a ser Hada la que mande en ti, no yo. Por lo tanto, pídele consejo a ella.

—Serán enterrados —susurró la muchacha.

En ese momento, cuando atravesaban el umbral, una repentina ráfaga de viento abrió de golpe puertas y ventanas. Fue tan violenta y espectacular su fuerza que todos se estremecieron. Hada murmuró:

—¡Qué extraño! Parece como si hubiese entrado alguien…

Y Jim repuso:

—No te equivocas, Hada. Por eso tenemos que irnos de aquí. Acaba de entrar la Muerte.

FIN